

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 37.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Colocacion de la primera piedra para las obras del puerto de Liorna; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Venceslao Aguado de Izco. — Historia de la semana. — Epitafios al conde de Villamediana. — Moscou; grabados. — Soneto. — Expedicion al rededor del mundo. — Una ascension al monte Sinai; grabados. — Los talismanes. — Fábula. La Sal; cancion andaluza. — Roberto de Bris. — Un artículo para un sombrero. — Viaje geológico á Wisconsin, Sowa y Minesota. — Nueva estrella. — El sepulcro de la Virgen en Jerusalem; grabado.

### Colocacion de la primera piedra para las obras del puerto de Liorna.

El estado del puerto de Liorna reclamaba desde hace mucho tiempo varias obras de ensanche y de mejora,

cuya necesidad fué ya tan perentoria en tiempo del Imperio, que se elaboraron y propusieron diferentes proyectos por el cuerpo francés de ingenieros, á quien el gobierno toscano no ha querido quitar la generosa tarea de ejecutar en el dia unos trabajos tan bien estudiados, y bajo este concepto pidió al gobierno francés que pusiera á su disposicion á M. Poirel, ingeniero de mucha reputacion por el establecimiento del puerto de Argel, que dirigió hace ya algunos años.

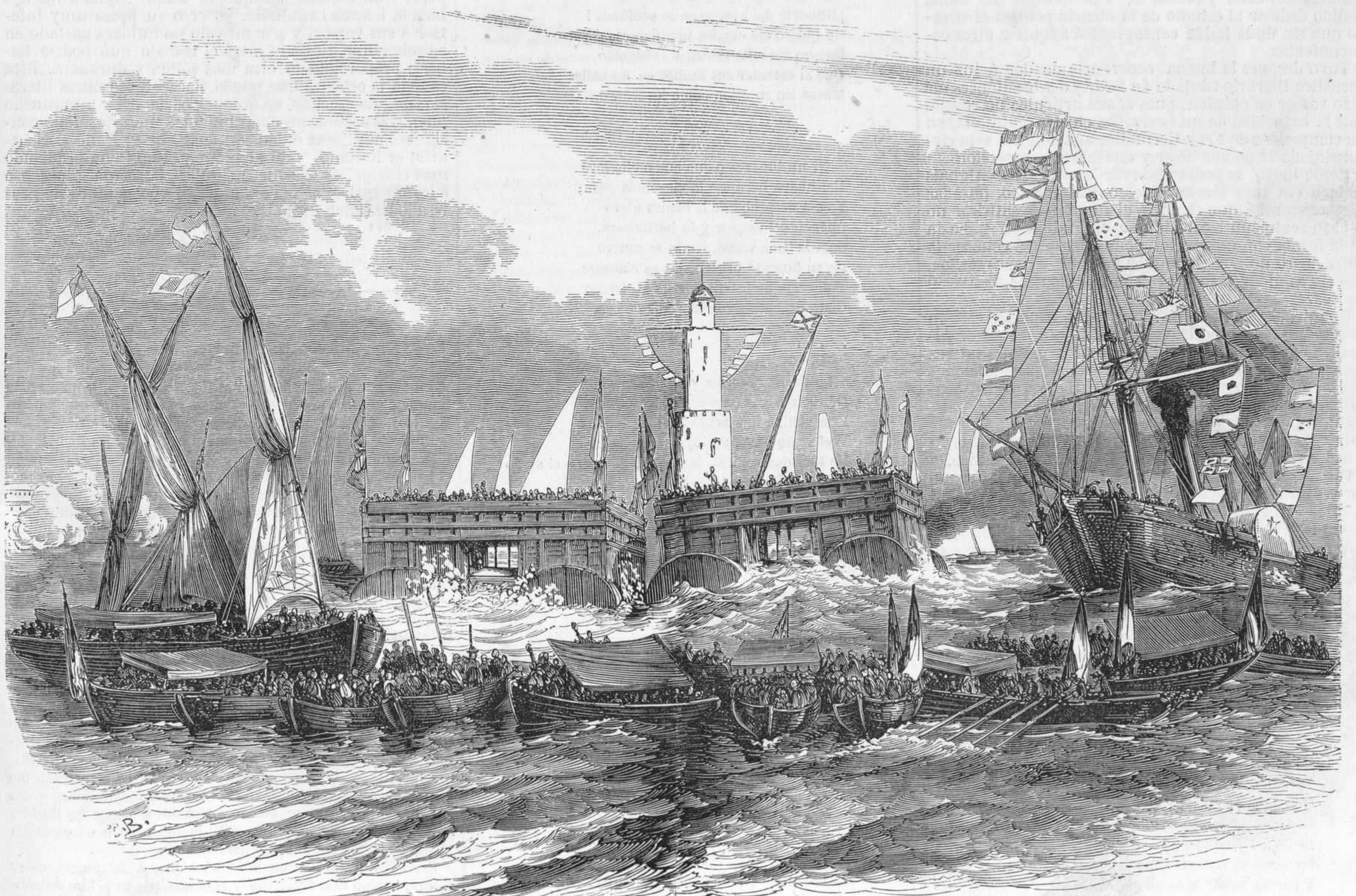
El sistema de M. Poirel consiste en preparar enormes trozos de un betun que tiene la propiedad de endurecerse prontamente al contacto del agua, y formar con ellos fuertes é indestructibles camadas, precipitándolos al fondo del mar por medio de una máquina compuesta de dos almadieros que agarran y transportan esas inmensas piedras artificiales hasta el sitio señalado para su inmersion.

El 1.º de agosto de este año se celebró la ceremonia religiosa de la inauguracion de esta obra notable, en la torre del fanal de Liorna.

Desde muy temprano la poblacion entera se hallaba agolpada en el puerto para asistir á ese nuevo y curioso espectáculo, y la mar se hallaba cubierta de elegantes embarcaciones, rica y vistosamente empavesadas.

A las cinco S. A. R. el Gran Duque, recibido por todas las autoridades civiles y militares, atravesaba acompañado del príncipe hereditario, una doble hilera de guardia de honor, formada por los marinos austriacos y por la tropa de línea toscana, para llegar á la barca régia, que debia conducirles al anfiteatro preparado sobre el fanal.

Habiendo tomado asiento el Gran Duque en una tribuna elegantemente adornada, con toda su comitiva, compuesta de los ministros, los altos empleados, los con-



Colocacion de la primera piedra para las obras del puerto de Liorna.

ules extranjeros y la junta de vigilancia de las obras del puerto, entre cuyos miembros figuraba M. Poivel, con el uniforme de ingeniero en jefe del cuerpo francés á que pertenece, el señor obispo Girolano Gavi dió su bendición á las primeras piedras artificiales que deben cimentar la obra del nuevo puerto, bendición acompañada de una salva de artillería disparada en la fortaleza y en el puerto, y repetida por todas las embarcaciones presentes, entre las cuales citaremos el piróscapo real *el Giglio*, el vapor francés *el Hellespont*, dos vapores sardos, y por último, la corbeta inglesa *la Modesta*.

Efectuada esta ceremonia religiosa, el Gran Duque y su hijo salieron á la azotea del fanal para contemplar el dibujo exacto de la extensión del ancho puerto, indicada por señales flotantes con la bandera toscana.

Por último, llegado el instante convenido, el piróscapo *el Giglio* se puso en movimiento, y adelantándose en medio de la línea de señales, que eran los límites que contenían las mil embarcaciones donde se hallaban impacientes los espectadores de esta imponente operación, se dirigió hácia el punto que los almadereros operaron la inmersión de las primeras piedras, acompañados de los aplausos de la muchedumbre.

G. F.

**Poetas españoles contemporáneos.**

D. VENCESLAO AIGUALS DE IZCO.

Soy amigo bastante antiguo de este escritor, y esta circunstancia es precisamente la que me mueve á decirle algunas verdades que en cualquier otro tendría por sospechosas. Digo esto, porque el señor Aiguais es acaso el autor moderno que, alcanzando mucho favor en el público, tiene menos simpatías en el gremio literario, cosa que le favorece, lejos de perjudicarlo, pues esta falta de simpatías se explica principalmente por la rivalidad, por la envidia, por ese espíritu de oposición que en todas las clases se despierta contra los que, con razón ó sin ella, conquistan el aprecio popular.

Apareció el señor Aiguais en la escena política en 1842 con la publicación de un periódico satírico, titulado *Guindilla*, y digo que apareció entonces, pues aunque ya muchos años antes se habían representado comedias suyas en Madrid, su nombre era casi enteramente desconocido. Francamente, cuando yo leí el mencionado periódico en el cual había algunos chistes y regulares versos, formé pobre idea del autor; porque en general desplegaba mas virulencia que verdadera gracia, dejando además un gran vacío en las doctrinas que sustentaba, no porque el señor Aiguais no las defendiese con calor y buena fe, sino porque no había podido dedicar al estudio de la ciencia política el tiempo que sin duda había consagrado á adquirir otros conocimientos.

Tuvo despues la buena ocurrencia de dar á luz un periódico literario titulado *La Risa*, y desde entonces me hizo variar de opinion, pues si sus artículos no revelaban la capacidad de un Larra, sus chistes manifestaban un competidor de Fray Gerundio, añadiendo á esta circunstancia la de versificar y escribir con corrección.

Desde luego se podía observar que el señor Aiguais de Izco era mas escritor jocoso que satírico, pues las composiciones á que él daba el nombre de satíricas no lo eran realmente; carecían de esa intencion y hasta de la forma con que se ha dado siempre á conocer la sátira, pero no por eso faltaba la gracia en sus escritos, que sin vanidad podía él mismo calificar de festivos ó jocosos.

Una prueba de la opinion que llevo expuesto está en las numerosas composiciones cortas á que el señor Aiguais daba el título de *epigramas*, no habiendo tal vez dos entre todas ellas que se acercasen á las condiciones de este difícil género, y que por consiguiente justificasen aquel pretensioso título. Mas diré, el señor Aiguais, segun las muestras que nos ha dado, no ha llegado quizás á comprender la diferencia que hay entre un pensamiento festivo y un pensamiento epigramático.

Pero si dicho señor no podía descollar en la sátira, no por eso podía negársele una musa ingeniosa y jovial en que tiene pocos rivales. He dicho que en esta parte, y sobre todo en las composiciones puramente literarias, podía competir con Fray Gerundio, y la prueba de esto está en la polémica que ambos señores sostuvieron sobre si el chocolate era preferible á los huevos, ó los huevos al chocolate, cuestion en que creo sinceramente que llevó la palma el señor Aiguais.

Defendía Fray Gerundio el chocolate con la gracia, con la oportunidad, con aquel estilo siempre ameno del supuesto fraile; pero su magnífica prosa se eclipsó ante estas excelentes octavas de su contrincante.

¡Oh, mal aconsejado ilustre vate!

¿Quién te indujo al enorme desatino  
De cantar á ese imbécil chocolate  
Que agua requiere... que rechaza el vino?  
Por no cometer yo tal disparate  
Peño barbas de padre capuchino;  
Pues con el vino solo me deleito,  
Y por no gastar agua no me afeito.

No se nutre el arriero catalan  
Como un huevo tras otro no le den.  
Con cada huevo se nos *jama* un pan,  
Y aniquila el porron de un santiamen.  
Quién huevos frie, entiende el gran refran,  
Pues *tiene por el mango la sarten*,  
Cosa que á un tagarote farfallon  
Puede darle importancia de rondon.

Antes daría el amoroso beso  
A una bruja infernal de genio adusto,  
Que ensalzar cual si fuera mi embeleso  
Al chocolate cálido y vetusto.  
Frio, caliente, crudo, claro, espeso,  
Siempre insípido fué su acerbo gusto.  
Bien dijo cierta musa dramaturga  
Que el chocolate vil es una purga.

Si *per tropo variar natura é bella*  
¿Quién niega la belleza á las tortillas?  
Sin azúcar, sin clavos, sin canela,  
Rinden al paladar mil maravillas:  
¡Cuán deliciosa con guisantes cueca!  
¡Qué rica es, vive Dios, con criadillas!  
Pero aquel que las prueba con tomate  
Reniega, sin cesar, del chocolate.

Argumentos alega mi adversario  
Que valen poco ménos de tres bledos.  
Trata á los huevos de ácido ordinario,  
Porque hay quien se los come con los dedos.  
A este modo de argüir estrafalario,  
¿Qué dijeron los Tirsos y Quevedos?  
Pues por ventura, reverendo vate,  
¿Comeis con tenedor el chocolate?

Os habeis empeñado en su defensa  
Sin reparar que en ello hay mil escollos:  
Es de los huevos la ventaja inmensa;  
Jamás del chocolate nacen pollos....  
Si en mejorar algunas veces piensa,  
Busca el auxilio de los ricos bollos,  
Que si son ricos, á decir me atrevo,  
Lo deben al sabor del rico huevo.

De mis casillas sin piedad me sacas,  
¡Terrible aparicion del otro mundo!  
Hijo de Guayaquil y de Carácas,  
¡Húndete del averno en lo profundo!  
No quiero oír elogios ni alharacas  
En pro del ente estéril é infecundo  
Que al ostentar sus humos en los bailes  
Muere sin sucesion como los frailes.

Ni un lunar veo que amancille leve  
Del huevo hermoso la elegancia pura;  
Y es á despecho de la blanca nieve  
Imágen del candor y la hermosura.  
Cual la bella vestal, jamás se mueve  
De su honesta prision, de su clausura,  
Y en caja de marfil guarda el decoro  
Clara argentina con la yema de oro.

La tierna codorniz y el rico tordo  
Que con sabroso arroz á todos placen,  
Y la gallina que hace el caldo gordo,  
Y el regio pavo, de los huevos nacen.  
No hay que venirse, hermano, haciendo el sordo  
A razones que todas satisfacen....  
Razones justas, con las cuales pruebo  
Cuanto aventaja al chocolate el huevo.

¡Oh, prodigiosos de facundia efectos!  
(Venga una cruz por verso tan sonoro,  
Si quieren ser nuestros ministros rectos,  
Pues la trasposicion vale un tesoro.)  
Peces, reptiles, pájaros é insectos  
En la patria del Cid y en la del moro,  
Aunque herido el cacao, gruñá entre dientes,  
Son de los huevos dignos descendientes.

Desiste, padre, de tu raro tema,  
Que si en la raza de los dulces entro,  
Pronto hallaré que la preciosa yema  
De los mas delicados forma el centro.  
Natilla, mazapan, biscocho, crema,  
En todo lo mejor al huevo encuentro.  
¡Vive Dios, que tuviera perendengues  
Hacer asco al dulzor de los merengues!

No hay nacion que si es culta no deseche  
Del chocolate la feroz rudeza.  
Sorbe la Gran-Bretaña el té con leche;  
Sorbe *champañ* la Francia en su grandeza:  
La Italia el macarron y el escabeche,  
Y la Alemania sorbe la cerveza.  
Pues solo al dar al chocolate un sorbo  
Temieran contraer cólera-morbo.

El palaciego que en deseos arde  
De usurpar el dosel del regio trono,  
Tan traidor como vil, siempre cobarde,  
Oculta al rey su criminal encono.  
De sumisa lealtad haciendo alarde,  
El instrumento atroz busca, en su abono,  
Que al rey de un golpe sin recelos mate,  
Y es mejor que el puñal el chocolate.

Mas yo que de los reyes soy amigo,  
Quiero salvarles de cualquier apuro:  
A todos ellos con respeto digo:  
Que el que quiera en el trono estar seguro  
Y no ser infeliz cual don Rodrigo,  
Coma á todo comer el huevo duro,  
Pues además de ser manjar muy bueno,  
Nadie introduce en él mortal veneno.

Aunque agradezco, ¡oh padre! el agasajo  
Que bondadoso y liberal me ofrece,  
De Tirabeque temo el desparpajo,  
Y.... una idea espantosa me estremece.  
Leí, no sé en qué crónica ó libraje  
Que hablaba de la guerra de años trece,  
Que un lego fué, con chocolate inmundo,  
Quien hechizó á don Carlos el Segundo.

Como pueden juzgar mis lectores por las magníficas octavas que acabo de copiar, el señor Aiguais de Izco tiene facilidad y armonía en sus versos, muy buena rima y sobre todo chistes. Las muchísimas composiciones que insertó en dicho periódico *La Risa*, y otras que en diversas épocas ha dado á luz, prueban que tiene apreciabilísimas dotes para la poesía festiva.

Además, ha cultivado con mas ó ménos fortuna otros géneros: ha escrito dramas y comedias, y él fué quien introdujo en España la novela socialista que con tan feliz éxito creó el célebre autor de los *Misterios de Paris*; pero, francamente, aunque el señor Aiguais maneja bien la lengua castellana, yo creo su prosa muy inferior á sus versos, y por mi voto no hubiera gastado en adquirir una gloria efímera el trabajo que podría haberle proporcionado otra mas sólida y duradera. Esta es toda la censura que puedo hacer de las obras literarias de este escritor, de quien podría decir aun mucho bueno respecto á sus conocimientos literarios. Solo consignaré aquí, que habla con facilidad el francés, el inglés, el italiano y el alemán, y si no le he prodigado mas elogios, es porque no quiero hacerme sospechoso á los que saben la buena amistad que siempre he profesado al señor Aiguais.

J. M. VILLER GAS.

**Historia de la semana.**

He aquí una historia que nos llega de Africa, y que podría figurar dignamente entre las *Causas célebres*; no somos nosotros los que hablamos; habla la *Gaceta de los Tribunales*:

Un árabe en la fuerza de la edad, de facciones regulares y bien pronunciadas, de ojos ardientes y sombríos, se sienta en el banquillo de los acusados. Su actitud, lo mismo que sus modales, manifiestan una especie de altivez ó mas bien de impaciencia feroz á duras penas contenida. Mas allá se sienta tambien una mujer indígena bien envuelta en una especie de manto blanco de tela tosca, que la cubre enteramente hasta la cabeza; y por último, en el banquillo delante de la barra se ve un anciano achacoso, doblegado por el peso de los años.

Estos tres personajes pertenecen á una misma familia; la mujer es la esposa del viejo, y el jóven es su sobrino, y sobre todos ellos pesa la acusacion de un doble crimen.

Uno de esos dramas sangrientos y terribles, propios de las pasiones africanas; dos víctimas muertas bajo el puñal de un arrebatado de celos implacables, y una familia entera cómplice del crimen, tales son los elementos de esta siniestra causa.

En los alrededores de Milianah, á poca distancia de esta poblacion, vivian juntos varios miembros de la familia Ben-Bli-diah, en tres habitaciones diferentes: el viejo Bachir-ben-Bli-diah y su mujer Khadudja ocupaban una de ellas; su sobrino Mohammed-ben-Bli-diah habita otra con su mujer Zohra y dos niños pequeños, y por último, otros dos sobrinos de Bachir, Mohammed y Mehemet-ben-Ali, pasaban ordinariamente la noche en la tercera de estas habitaciones.

Estos dos últimos eran huérfanos que, á la muerte de su madre, habian sido recogidos y educados por su primo Mohammed-ben-Bli-diah, y aunque el mayor de los Ben-Ali habia tenido algunos altercados con respecto á intereses con el viejo

Bachir, esta circunstancia no había influido en ningún modo en sus relaciones con Mohammed, á quien ayudaba en su doble profesión de surtidor y zapatero.

La concordia y la paz parecían reinar en la familia, cuando de repente sobrevino en ella una catástrofe espantosa. Los celos iracundos armaron la mano de Mohammed-ben-Blidiah, contra su mujer Zohra y su hijo adoptivo Ben-Alí.

En la mañana del 6 de abril al amanecer, Ben-Blidiah, dirigiéndose hacia Milianah, encuentra en el camino á uno de sus vecinos á quien se pone á contar, que habiendo sorprendido en la noche anterior á su mujer con Ben-Alí en flagrante delito de adulterio, castigó de muerte á los dos culpables.

Ahora mismo voy á la ciudad, añade Ben-Blidiah, á declarárselo todo al alcalde.

Movido por interés ó por curiosidad, el vecino ofrece acompañar al marido ultrajado á casa del magistrado, y en efecto, ambos prosiguen el camino.

A poco rato se presenta otro árabe, á quien Ben-Blidiah repite su historia, y también este quiere seguirle. Los tres llegan y se presentan al *hakem* (alcalde) que, después de oír la declaración del asesino, da parte inmediatamente á la autoridad francesa. El comisario civil de Milianah principia la causa, y examinados los cadáveres, resulta que el de Ben-Alí se halla atravesado á puñaladas; la desgraciada Zohra murió de un solo golpe.

El asesino entregó el arma homicida, que es una corta *flissa*, ó largo puñal, con mango de madera, de hoja fuerte y cortante y de punta aguzada.

Las declaraciones de Bachir y su mujer y las del niño de cinco años Mehemed-ben-Alí, hermano del muerto, no concuerdan entre sí, y también difieren de la narración de Ben-Blidiah.

La conducta del tío y la de la esposa hacen concebir contra ellos graves sospechas, pues los asertos del asesino Ben-Blidiah no parecen fundados ni verídicos.

De las deposiciones de los testigos, y de las averiguaciones hechas por la justicia, resulta que Bachir y su mujer debieron tener alguna parte en la terrible resolución de Ben-Blidiah, ó que á lo ménos contribuyeron á lanzarle á ella; por esta razón los tres comparecen ante el tribunal; Ben-Blidiah, como culpable de homicidio con premeditación, y Bachir y Khadudja como cómplices.

Leída la acusación fiscal, son interrogados los tres por conducto del intérprete.

Mohammed, sin dejar un punto de abanicarse con un pañuelo de color, no manifiesta ni temor ni embarazo alguno. A una señal del intérprete, se levanta de la cabeza erguida, y arroja hácia atrás los anchos pliegues de su albornoz blanco; á veces, en el calor de su respuesta apoya un pié desnudo y bronceado sobre la barra, y en esta postura habla sin cortarse, y contesta á todas las preguntas.

Ben-Blidiah confiesa como siempre, que dió la muerte á su mujer Zohra y á Ben-Alí en castigo de su adulterio.

— Yo quería á Ben-Alí como si fuera mi hijo, dice; no tenía contra él ningún motivo de ódio, ni tenía la mas leve sospecha contra mi mujer, con quien había vivido feliz hace quince años.

Aquella noche, no pudiendo dormir en mi cama, encendí mi pipa; y después pensando en mis vacas fuí á ver si estaban bien atadas; mi pipa se apagó, y volví á encenderla. Al pasar por delante de la alcoba de Ben-Alí, me pareció que hablaban en voz baja; entónces me acerqué por curiosidad, y oí la voz de mi mujer que decía: Si viniese mi marido; y una voz de hombre que le contestó: Te escapás. Al punto me precipité dentro; mi mujer estaba allí con un hombre; con una mano me apoderó de él, y con la otra le doy en el corazón mil puñaladas. Miétras duró esta corta lucha, mi mujer se lanza fuera, pero la alcancé y la corté la cabeza. Nadie me ha incitado á esta acción con ningún consejo, y si hay un hombre que diga lo contrario, que venga.

De la causa parece resultar que había divergencia de intereses entre los dos primos, y que Bachir descontento de Ben-Alí y Khadudja su mujer, celosa de Zohra, despertaron las sospechas del esposo ultrajado, y excitaron su venganza.

Ben-Blidiah responde:

— Todo eso es una falsedad; yo consideraba á mi primo como hijo, y aun tenía el proyecto de casarle con mi hija. Trabajaba conmigo, y yo le había puesto á cubierto de todas sus necesidades; no le pagaba, pero ¿por ventura se paga á un hijo? Le daba todo cuanto pedía. Si estuvo de pleito con Bachir, yo nunca me mezclé en el asunto. Mil veces fuí á ver al cadí por mi primo, y con el objeto de obtener su libertad, pues estaba acusado de robo. Zohra y Khadudja vivían como dos hermanas; el que diga otra cosa es un perro. Yo no hablé con mi tío ni con su mujer ántes ó después de lo que he hecho. Esta es la casa de la justicia; aquí nadie debe mentir, y lo que digo es verdadero.

Bachir conviene en que ha tenido un pleito con Ben-Alí ante el cadí, pleito en que el acusado supone haber triunfado, por lo cual no ha debido conservar ningún resentimiento.

— ¿Por qué motivo habría yo podido desear su muerte? añade el anciano; cuando ví á Ben-Blidiah después de la catástrofe, pobre, viejo y achacoso, me di de golpes en silencio.

Khadudja, la mujer de Bachir, se quita el manto para responder á las preguntas que la dirigen, pero teniendo buen cuidado de no descubrirse la cara. Su voz argentina y juvenil indica una enorme desproporción de edad entre el anciano y su esposa.

Siguiendo el sistema de su marido, esta mujer lo niega todo; supone que no sabe nada, que nada vió ni oyó en aquella noche terrible. Habiendo despertado únicamente después del doble asesinato, se encontró con Ben-Blidiah, quien entregándola una luz, la dijo que tuviera cuidado con las cfiaturas. Zohra había sido para ella lo mismo que una hermana; jamás tuvieron la menor disputa; jamás su boca soltó una amenaza contra Zohra.

El cadí de Milianah, que declaró como primer testigo, dió cuenta del pleito entre Bachir y Ben-Alí. Tratábase de un di-

nero y unas alhajas que había dejado la madre de Ben-Alí y que Bachir había guardado para sí; pero este á su vez pretende que todo ello desapareció en la guerra, y que por consiguiente no le es dado restituirlo.

En cuanto á Mohammed-ben-Blidiah, el cadí declaró que es uno de los hombres mas honrados que hay en el mundo; que en efecto, un mes ántes del asesinato, Ben-Blidiah se presentó repetidas veces á solicitar que pusieran en libertad á su primo, acusado de un robo poco importante.

Viene después el único testigo que puede aclarar un poco los acontecimientos de aquella noche funesta, y el único que cuenta la horrible escena con todos sus detalles. Es este un jóven de catorce á quince años, Mehemet, hermano de Ben-Alí, y como él pariente de su asesino.

También vivía, lo mismo que su hermano, en casa de Mohammed-ben-Blidiah. En la noche del 5 de abril habían cenado como de costumbre con este último y con su mujer; concluida la cena, el mayor se retiró para descansar á la alcoba donde ambos dormían juntos. Encargado de ordeñar las vacas al otro día muy temprano, Mehemet fué á pasar la noche á casa de su tío Bachir, á fin de que el anciano le despartara al rayar la aurora.

Poco rato después, se trató de ir á buscar por los campos una vaca que se había escapado, y Ben-Alí no quiso ir porque se dijo algo indispuerto; entónces Mohammed-ben-Blidiah se estuvo hablando cerca de una hora con Bachir. Entretanto la noche se había adelantado mucho, y el jóven dormía ya, cuando de pronto se despierta sobresaltado á los desesperados gritos de una mujer. Era Zohra que entró buscando un refugio en la alcoba de Bachir.

— Mi marido ha querido herirme en mi lecho, dice la víctima; he visto brillar la hoja de un puñal en la sombra.

En este momento se presenta Ben-Blidiah en el umbral con un cuchillo en la mano, pero no entra; y casi en el mismo instante un ruido terrible acaba de aumentar el espanto del jóven.

La voz del hermano gritaba:

— ¿Qué te he hecho yo para que me mates?

Bachir y Khadudja se levantan y van hasta la puerta, pero sin atravesarla, bien que en aquel momento supremo Ben-Alí, herido ya, implora á gritos la protección y la piedad del jefe de la familia.

— ¡Ven, tío, ven á mi socorro! clama la víctima.

Pero Bachir impasible responde:

— ¿Qué quieres que yo haga? Si él se empeña en matarte, ¿puedo yo impedirlo?

Y luego se oyen los últimos suspiros del moribundo.

Entónces Khadudja da algunos pasos hácia fuera; habla rápidamente y en voz baja con el asesino, y después vuelve á entrar en su habitación: Ben-Blidiah la sigue.

Zohra subió á la cama de Bachir; su marido se lanza á ella, la arroja al suelo, la arrastra hasta la entrada del sitio donde Ben-Alí cayó bajo sus golpes, y allí sierra el cuello de su segunda víctima, con el puñal tinto en sangre caliente todavía de la primera.

Aterrorizado hasta el último extremo á la vista de este horrible espectáculo, y temiendo por su vida propia, el jóven Mehemet huye y se esconde en un rincón del sitio donde secan las pieles.

Esta narración fué confirmada en muchos puntos por el hijo del viejo Bachir, de cinco años de edad y de fisonomía despierta, que muestra la indiferencia de su edad en su conversación con el intérprete.

Los acusados protestan que los dos testigos jóvenes mienten, ó que mas bien, repiten las mentiras que les ha inspirado el aborrecimiento que les tienen; niegan hasta las circunstancias de menor cuantía, hasta aquellas cosas que en manera alguna pueden agravar sus tristes posiciones.

Mohammed, sobre todo, repite mil veces que solo es el autor del doble asesinato, y que toda la responsabilidad de este acto horrible, que él pretende justificar á su manera, debe pesar exclusivamente sobre su cabeza.

Hasta aquí el relato del periódico judicial, que hemos juzgado oportuno transcribir íntegro, para presentar á nuestros lectores con sus colores naturales el cuadro sanguinario de un marido árabe que, juez y verdugo de su propia causa, comete un doble asesinato arrebatado por los celos africanos, y después pretende á sangre fría que su crimen es un acto legítimo y razonable. Según las ideas árabes, la ofensa mortal hecha al honor no puede lavarse de otro modo sino con la sangre de los culpables.

El defensor de Ben-Blidiah invocó esta preocupación que es ley soberana entre los hijos del desierto africano; pero el tribunal principió por rechazar este sistema de defensa, sobre todo cuando la prueba del flagrante delito no se hallaba establecida de un modo irrecusable; condenó á Mohammed-ben-Blidiah á diez años de cadena, y esto por haber reconocido en su doble crimen circunstancias atenuantes, y absolvió plenamente á Bachir y á su jóven esposa.

MARIANO URRABIETA.

Paris 4 de setiembre de 1853.

### Epitafios al conde de Villamediana.

ESCRITOS POR INGENIOS DE LA CORTE.

#### DE LOPE DE VEGA.

Aquí con hado fatal  
Yace un poeta gentil,  
Murió casi juvenil  
Por ser casi Juvenal (1);

(1) En otras copias se lee:

Por ser tanto el Juvenal.

Un toscó y fiero puñal  
De su edad desfloró el fruto,  
Rindió al acero tributo,  
Mas no es la vez primera  
Que se haya visto que muera  
César al poder de Bruto.

### DE GONGORA Y ARGOTE.

Aquí yace enterrado  
El que desterraba al mas honrado (1),  
El pecho por lo ménos  
Abierto, porque entraba en los agenos,  
Y porque de mil modos  
Habló en vida de todos,  
Ha querido su suerte  
Que con ninguno se hable de su muerte  
Ni con que ella hable,  
Porque su mesma muerte no le infame,  
O porque (y es lo cierto)  
Pues habló y vió mal, no hable mas muerto  
Porque de malas nuevas fué correo,  
De ser primo en correr tuvo deseo,  
Pero corrió tan mal, que hasta la muerte  
Le pesó de correr de aquella suerte,  
Y que corte es gran mengua,  
Méno una guadaña que una lengua,  
Y así la Parca escusó la herida  
Dexándole sin alma socorrida.

### Moscou.

Lo que un extranjero quiere ver ante todo cuando llega á Moscou, es el Kremlin ó sea el palacio de los emperadores. El Kremlin, que vale por sí solo el viaje de Moscou, es mas que la Rusia, es todo un mundo, como ha dicho con razón un escritor moderno. La vista exterior que hoy damos del Kremlin está tomada desde la Moskowa, y presenta favorablemente agrupadas todas las construcciones modernas con lo que resta de las antiguas, dando una idea tan completa y exacta como puede desearse del estado actual de esta fortaleza. Véase en el mismo grabado la iglesia de San Basilio (Vasilí Blagennoi) conocida también bajo el nombre de Catedral de la Protección de la Virgen Santísima; pero debemos advertir que en el rito griego se da el nombre de catedrales á todas las iglesias, de lo cual resulta que cada poblacion tiene la suya, habiendo ciudades que tengan muchas catedrales.

La puerta principal del Kremlin se llama Spas Voro-ta ó Puerta del Salvador. Esta es la puerta sacra ó triunfal de Moscou. Sobre dicha puerta está expuesta la imagen del Salvador, sumamente desfigurada, y delante de esta arde una lámpara maciza que cuelga de una gruesa cadena. Al pasar por allí todo el mundo, incluso el emperador, está obligado á quitarse el sombrero, como muestra de respeto á la efigie que ha hecho mas milagros en todo el imperio.

En la gran plaza del Kremlin hay un monumento singular que no tiene rival en el mundo: queremos hablar de la *rema de las campanas*.

Hay en Europa muchas campanas célebres, entre las cuales citaremos las siguientes:

« La campana de Viena, que tiene 10 piés de altura, 32 piés y 2 pulgadas de circunferencia, y pesa 83,400 libras. Las campanas de Berlin, de Erfurth, de Breslau, de Schaffouse, de Strasburgo, de Toledo y de Sevilla, todas de grandes dimensiones. »

La China posee una campana mayor que todas estas, pues según Verbishe la gran campana de Pekin pesa 140,000 libras. Pero de todas las campanas fundidas hasta el día, la mas grande, la mas pesada, y por consiguiente la mas famosa, es la de Moscou, que por esta razón es llamada la *reina de las campanas*.

En efecto, esta campana fundida en 1733 por orden de la emperatriz Ana Ivanovana, para reemplazar á la del Czar Alexis-Mikailovitch, que se rompió en el incendio del Kremlin, en 1701, tiene 20 piés 7 pulgadas de altura, 22 piés 8 pulgadas de diámetro, y pesa 480,000 libras.

« Esta campana, dice M. de Montferrand, había sido fundida con buen éxito en el mismo sitio en que estaba en 1836 cuando yo me trasladé á Moscou para sacarla de debajo de la tierra, donde había permanecido sepultada durante un siglo. Parece que en 1737 ocurrió un incendio que consumió todas las obras hechas con objeto de elevar dicha campana y hasta las maderas en que descansaba, por cuya razón cayó y se rompió, aunque otros dicen que estalló, á consecuencia del agua que le echaron para impedir que se liquidase, con lo cual produjeron el daño que trataban de cortar. Los carbones y vigas ennegrecidas que yo he encontrado en las inmediaciones, y particularmente al rededor de la campana, no dejan duda alguna acerca de aquel suceso. »

(1) Concepto oscuro para declarar que no había quien pudiese colocarse delante por lo honrado. La composición adolece en general de este defecto culterano.



Moscou. — Vista general de Kremlin.

Los emperadores Pablo y Alejandro tuvieron intencion de hacer que *la reina de las campanas*, inutilizada, sirviese para hermostear el Kremlin, pero sus proyectos no se realizaron. Nicolás I quiso componerla para utilizarla, pero sabiendo despues que esto era imposible, dió orden al arquitecto francés M. de Montferrand

para que la sacase de entre la tierra y la colocase sobre un pedestal, cerca del campanario de Ivan-Veliki.

La operacion tuvo lugar, por decirlo así, en dos actos, pues en la primera tentativa los maderos mas fuertes se doblaron; pero preparados con mas solidez los trabajos de carpintería, vióse salir la colosal campana

empolvada, con grande asombro de la muchedumbre y de las autoridades que presenciaban dicha operacion.

Considerada esta campana con relacion al arte, es notable por su belleza y por sus esculturas, entre las que figuran los retratos de Ana y de Micaïlovitch. Hay entre estos retratos una inscripcion casi enteramente bor-



Moscou. — Iglesia Vassili Blagennoi y la Puerta Santa.

rada, y en la parte superior se ven las figuras del Señor, la Virgen y los santos Evangelistas.

Gracias pues á M. Montferrand, la reina de las campanas descansa sobre un pedestal octógono de granito. La altura total del monumento es de 34 piés. Uno de los lados del pedestal presenta la siguiente inscripcion, trazada en caracteres slavos y grabada en letras de oro sobre mármol de color azul claro:

**ESTA CAMPANA**

fundida en 1735, bajo el reinado de la emperatriz

**ANA IVANOVANA**

despues de haber estado sepultada en la tierra durante mas de un siglo, ha sido colocada en esta plaza el 4 de agosto de 1856 por la voluntad y bajo el glorioso reinado del emperador

**NICOLAS I.**

Segun un rumor bastante acreditado en Moscou, el metal de la *reina de las campanas* debia contener gran cantidad de oro y plata, que los rusos sumamente devotos habian mezclado al cobre en la fundicion. El color blanquizo que la distingue de otras campanas contribuia á dar crédito á esta tradicion. Hasta el año 1836 habia sido imposible asegurarse de la verdad, porque el pueblo



Moscou. — La reina de las campanas.

de Moscou habria levantado el grito contra la profanacion si se hubiese intentado algun experimento científico en su venerable campana. Cuando M. Montferrand recibió del emperador la órden de coronar la campana

los la enumeracion de mas de cien condecoraciones de todos los países, y concluye así :  
« Comendador de la órden de San Juan de Jerusalem, y condecorado con el baston adornado con el águila im-

con una cruz de bronce, para ajustar esta cruz tuvo que extraer algo del metal de que se compone la campana, dando este resultado en el análisis.

Cobre	84—51
Estaño	13—21
Azufre	1—25
Pérdida	1—3
	100—00

La pérdida ha sido atribuida al zinc y al arsénico de que quedaron algunas indicaciones.

La dedicatoria de la publicacion de donde tomamos estos detalles, es curiosa como pintura de las costumbres de Rusia. Dice así :

« A su alteza, monseñor el príncipe Pedro de Wolkonsky, general de infanteria, inspector general de todas las tropas de reserva, ayudante de campo general, miembro del consejo del imperio, presidente de la comision de reconstruccion del palacio de invierno, y de la de construccion de la catedral de San Isaac. »

Sigue á estos títulos la enumeracion de mas de cien condecoraciones de todos los países, y concluye así :



Moscou. — Iglesia de la Asuncion, en el arrabal de Pakrofska.



Moscou. — Interior de la catedral de la Asuncion en el Kremlin.

perial de diamantes y la inscripcion siguiente: « En reconocimiento de dilatados y fieles servicios, » de una espada enriquecida de diamantes y de la marca de honor por cuarenta años de servicios irreprochables. »

Merece tambien verse la catedral de la Asuncion, primera iglesia de piedra construida en Moscou. Esta ciudad posee dos iglesias con el título de la Asuncion, la segunda está situada en el arrabal de Pakrofska, y se reconstruyó en el siglo XVII. Mezcla esta última de las arquitecturas italiana y morisca, tiene poca elegancia y carece de ligereza, diferenciándose mucho de las otras iglesias de Moscou.

### SONETO.

Yo ví en medio del mar tempestuoso  
Que una roca terrible se elevaba,  
Y un naufrago infeliz, que reluchaba  
Por evitar la muerte congajoso :

Vile en continuo afán tender ansioso  
Sus manos al peñon que ya tocaba;  
Pero que este de sí lo rechazaba  
Lanzándole en el piélago espumoso.

¿Lloras? ¿Te compadeces, Laura bella?...  
Que salga una palabra de tu boca  
Y su desgracia evitarás con ella.

Porque es el mar cruel mi pasión loca  
Que en tu insensible corazón se estrella;  
Yo el naufrago infeliz, y tú la roca.

ANÓNIMO.

### Expedicion al rededor del mundo

DE LA CORBETA DINAMARQUESA DE GUERRA LA GALATEA.

En el año de 1843 recibió el actual ministro de Marina de Dinamarca, el almirante Steen Bille, el encargo de emprender con el indicado buque una expedicion al rededor del mundo con el objeto especial, á mas de presentar la bandera dinamarquesa en los diferentes puntos trasatlánticos, de verificar unas exactas averiguaciones sobre la actitud de colonizar las islas Nicobáricas situadas en el golfo de Bengala, y pertenecientes á Dinamarca. Despues de una navegacion de mas de dos años, volvió la *Galatea* en agosto de 1847 felizmente á Copenhague, trayendo consigo las mas interesantes y variadas colecciones de todas clases recogidas en las diferentes partes del mundo, y una abundante cosecha de material científico en los mapas de los diferentes sabios y artistas que acompañaron á la expedicion.

Del informe que redactaron el comandante de la corbeta, el señor Steen Bille, y el doctor de Rosen, médico y zoólogo durante el viaje, entresacamos los fragmentos siguientes, que por su interés particular serán leídos con gusto por nuestros suscriptores.

Despues de referir una multitud de extraños sucesos en la para nosotros tan maravillosa China, y de muchos detalles que ya en otras partes hemos visto narrados, se resume el resultado de todas las observaciones del modo siguiente :

« Fácil aun para el extranjero es reconocer la nacionalidad china, y lo que sobre todo á cualquier europeo debe admirar, es el extraño contraste, no solo en los usos de la vida vulgar, sino tambien en las formas convencionales del trato social que existe entre los habitantes de Europa y los del Imperio Celeste. Ambas poblaciones tienen, y seguramente con razon, la pretension de hallarse en un alto grado de civilizacion; pero cuán diferentes son entre ambas los resultados de esta civilizacion!

« Parece como si estos dos pueblos hubieran andado juntos á lo largo de un alto muro, el primero por este lado y el segundo por el otro, persiguiendo ambos al mismo objeto, pero sin llegar nunca á notarse, ni entrar en contacto mutuo, ni influir el uno sobre el otro: por fin llegan al último del muro, se encuentran, se observan, y ambos se hallan sumamente sorprendidos de ver que aunque han ido por el mismo camino, sin embargo se han apartado tanto el uno del otro, y ambos se echan á reír, si no estuviesen demasiado bien educados; pero lo que no pueden ménos, es encogerse de hombros con una compasiva y lastimosa sonrisa en los labios. A cada paso que andan juntos descubren algo de extraño y de raro. Si el europeo desea el buen día al chino, se quita el sombrero, saluda con la cabeza y le alarga la mano; el chino, que sabe se le quiere manifestar con esto un acto de política, se pone rápidamente el sombrero, se arrodilla, dobla fuertemente el cuerpo, y aprieta los dos puños contra el pecho. Ahora quieren pasarse ó sentarse juntos, entonces el europeo anda á la izquierda del chino, y este para no ceder en ga-

lantería al otro, le deja conservar el sitio preferente á su lado izquierdo. Quieren salir juntos á caballo, y el europeo nota admirado que el chino monta á caballo por la derecha y agarra las riendas con la mano derecha: ¿porqué? porque tiene el abanico en la izquierda. El chino mira avergonzado á una señora europea, á la cual cree desnuda á causa de sus vestidos ajustados en los hombros, cuello y pecho. El europeo dirige una compasiva mirada á los piés estropeados de la china, y quisiera gustoso acudir á ayudarle, si no le detuvieran los celos del chino, que como buen asiático encierra á su mujer y la impide severamente cualquier contacto con los extranjeros. Si el europeo quiere leer un libro chino, debe principiar por la última página, y cuando un chino quiere escribir lo hace de la derecha á la izquierda. »

Despues de algunas observaciones generales, se continúa así:

« No nos sentimos autorizados á pronunciar un juicio satisfactorio en favor de quien, mirado bajo un punto de vista enteramente imparcial, recaería la comparacion de la civilizacion, religiosidad y moralidad europeas: á pesar de esto no dejaremos de suministrar algunos datos rápidos para este exámen. »

Carus compara á los chinos con las *formaciones de impedimento* conocido en la psicología, y difícil sería encontrar una comparacion mas exacta. En lugar de haber madurado formando un conjunto armonioso, han quedado estancados en su desarrollo. La elevacion y el poder creador del pensamiento animan penetrándolos á ambos la divinidad en la naturaleza humana. Aunque no por eso queremos convenir en que los chinos sean el pueblo elegido por el Señor, no podemos por otra parte negar que el mismo materialismo que limita sus ideas y las sujeta á la tierra, los aparta al mismo tiempo de errores en que otros pueblos mas elevados caen, y que aquel materialismo los hace felices y por excelencia prácticos. Felices porque se han puesto por cuestion de vida un objeto alcanzable, hácia el cual trabajan por consiguiente satisfechos, y prácticos, porque su círculo de atribuciones es tan estrecho, que aun el ménos inteligente pueda dentro de sus límites adquirir cierta habilidad.

« Un pueblo como este no puede ser religioso: el oficio divino consiste únicamente en sacrificios y ceremonias insustanciales. La doctrina de Kong-fu-tse (Confucio), que constituye hace 2400 años la religion de estado de los chinos, forma directamente un sistema moral-filosófico, ó mejor dicho, político, el que ni siquiera hace mencion de una otra vida, y solo reduce al hombre á nuestro globo terrestre; un sistema, que antepone la utilidad á todo lo demás, y por consiguiente considera la obediencia como la primera ley de la vida.

« El estado pues no es mas ni ménos una gran familia; ningun elemento extraño ha podido desde entónces introducirse en el organismo, una vez concluido, y si bien se llama con razon á Kong-fu-tse el sostenedor del trono, y se le debe á él haber salvado al imperio en tiempos aciagos, no es ménos verdad que él es quien ha excluido todo progreso, sumergido á la China en un sueño mortal, levantado una barrera inaccesible entre aquella y sus vecinos. ¡El es quien ha impreso al pueblo este carácter estereotípico (nos atrevemos á decir) petrificado, que lleva en sí la maldicion de la infirmitud, él tiene la culpa de que los chinos de la actualidad anden como las sombras de sus hermanos muertos hace miles de años! »

En seguida se hace una breve relacion de la religion del pueblo dominante en la China, la doctrina de Buddha, y luego se hace mencion, con referencia especial á lo que Guhloff espone sobre el particular en sus diferentes obras, de los esfuerzos que sobre todos los jesuitas y despues los protestantes ingleses han hecho para la introduccion en China del cristianismo, concluyendo este párrafo con las palabras siguientes: « Aunque no puede negarse que la propagacion del cristianismo en China ofrecia hace doscientos años mas esperanzas lisonjeras que en la actualidad, en cambio parece acabado el tiempo de las persecuciones, y la doctrina cristiana vuelve á predicarse con tal vigor y entusiasmo, que nos da un testimonio de que nunca debe dudarse de una causa justa y buena, y de que se sabrá vencer los obstáculos que la enemistad del gobierno y sobre todo de la nobleza tártara opone al cristianismo. »

Con respecto á la forma de gobierno se dice: « La forma del gobierno chino es patriarcal-despótica. Se considera al pueblo como una gran familia, al emperador como su dueño ó jefe y como representante de Dios en este mundo.

« La sucesion al trono se decide por la eleccion del emperador, que sin embargo casi siempre elige á su hijo mayor; la emperatriz debe ser siempre de origen tártaro. El gobierno central reside en Pekin, y se compone del consejo privado, del gran consejo, de siete ministros, del tribunal de los censores que vigila el desempeño de las funciones de los mandarines, y de la academia imperial, que conserva los documentos históricos del imperio, y tiene á su cargo las ciencias y artes.

« Cada provincia tiene su gobierno especial, que consta de un virey ó gobernador general, un vicegobernador, un presidente de instruccion pública, un general en jefe, y un jefe de los diferentes ramos de la administracion. La idea fundamental de que se hallan penetrados tanto el gobierno provincial como el central, es una ciega obediencia y reciproca responsabilidad.

« Los castigos, aun los mas crueles, no son mas que manifestaciones del amor paternal del emperador, por

mas que no solo hieren á los criminales, sino tambien á sus descendientes hasta la tercera y cuarta generacion. Palos, y el célebre potro de pescuezo, confiscacion de los bienes, prision y espulsion del país, trabajos en las colonias militares, los tormentos mas crueles y la pena de muerte son los castigos mas usuales, y á pesar de todo quizás no hay un país donde el gobierno separado del pueblo por una etiqueta rigidísima, se halle sostenido por una obcecacion tal, donde se desatiendan sus órdenes en tal grado, y estén tan á la orden del día las venalidades y ventas de los empleos como en el Imperio Celeste.

« Esta es justamente la causa de la debilidad política del imperio, la que son incapaces de remediar, ni su inmensa extension geográfica y su poblacion de 367 millones de almas, ni unas rentas anuales de 40 millones de onzas de plata, ni un suflero feraz y un comercio muy animado con todas las riquezas que le acompañan. No obstante los grandes medios de defensa que ofrecen la situacion aislada del país contra los ataques del exterior y el poder omnipotente y paternal contra los disturbios interiores, se ha visto en las revoluciones políticas mas de una vez temblar el trono del imperio y perder su corona la dinastía reinante, y cada vez que un enemigo exterior ha atacado á la China, ha penetrado victorioso en el interior del país á pesar de la gran muralla de dos mil años de edad hácia el Norte, y á pesar de las costas peligrosas y tan distantes de todas las potencias extranjeras hácia el Este y Sur. Aun en este momento vemos en el trono á una dinastía procedente de conquistadores, los Manschu-tártaros, y no hace muchos años vimos á una potencia europea (Inglaterra) llevar la guerra al corazón de las mejores provincias de este poderoso imperio con una escuadra y ejército comparativamente insignificante, y obligarlo á una paz humillante, aunque cuenta con una escuadra de 300 juncos y con ejército, incluso los soldados de policia, de unos dos millones de hombres, entre los cuales hay 80,000 tártaros que forman la guardia de corps del emperador.

« Debe atribuirse igualmente en su mayor parte á la falta de costumbre en hacer la guerra la causa de la poca fuerza que la China puede oponer á un enemigo exterior; pues han pasado siglos enteros sin sospechar ni ménos ensayar los progresos gigantescos que el arte de la guerra ha hecho en otras partes. La consecuencia inmediata de esta indolencia es el poco respeto que goza el estado militar, pues en este país se consideran la erudicion y los conocimientos como el único camino posible para la nobleza y los empleos mas elevados, y no les entra á los chinos en la mente creer que el estado militar pueda ser mas que una profesion, que por consiguiente está subordinado á los empleados civiles, los jurisconsultos, los filósofos, teólogos, etc. Los mandarines militares no hacen ninguna otra prueba de su aptitud que la fuerza física y la destreza en el manejo de las armas y los ejercicios guerreros. Figúrese cualquiera un ejército tal mandado por jefes semejantes.

« Otra prueba aun mas convincente de la debilidad del gobierno chino puede sacarse de su impotencia para hacerse dueño de los súbditos sublevados de tierra y mar. Al Noroeste de la provincia de Kwang-tung hay unas montañas donde dentro de los límites del Imperio Celeste vive un pueblo aun nunca vencido en el verdadero sentido de la palabra, que emprende frecuentes invasiones en las provincias vecinas y comete muchas violencias. El único medio que con buen éxito se ha empleado contra esta gente es el de haber comprado la tranquilidad á fuerza de considerables cantidades de dinero; aquella ración entónces poco mas ó ménos como hace años el dey de Argel cuando decía á la potencia, á la que queria hacer la guerra: « Dáme el dinero que te costarian tus armamentos, entónces estaré quieto y se ahorrará sangre. » De esta manera se sofocó entre otras en el año 1832 la sublevacion tanto en las montañas como en la isla Formosa.

« Aun mas impotente aparece el gobierno chino con respecto á la piratería que se hace impunemente en las costas chinas, sobre todo en el rio Canton y en el archipiélago situado á la desembocadura de aquel. Justamente en el verano en que nos hallamos ahí, llegaron las cosas á tal extremo, que dos buques mercantes chinos fueron saqueados de día en aquel rio. Si no hallan resistencia alguna suelen dejar escapar á la embarcacion despues de haberla saqueado completamente, sin hacer daño ninguno á la tripulacion; pero si el buque apresado quiere escaparse ó hacer resistencia, entónces arroja el pirata cantidad de combustibles sobre su presa á fin de promover la confusion á bordo del buque, en particular por medio del humo de azufre ahogador; despues aborda, y entónces...; desgraciada la pobre tripulacion! De parte de las autoridades chinas poco ó nada se hace para poner término á estos escándalos; bien es verdad que se habla á veces de juncos de guerra que hacen la cruzada contra los piratas ó que se dan á la vela contra ellos; pero segun todas las probabilidades, no estarán aquellos muy dispuestos á emprender seriamente el exterminio de los piratas. »

Despues de tratar brevemente de la actividad comercial ó industrial, de agricultura, de las vias interiores de comunicacion, etc., prosigue el informe: « La lengua china suena tan tosca y rara al oído de un extranjero, que al principio no cree oír una conversacion seria entre las personas, y se acuerda involuntariamente del juicio pronunciado ya varias veces sobre los chinos, de que este pueblo forma en cierto modo el *Rococo de la hu-*

Decidido por esta última reflexion, tomó su ligero equipaje, y en vez de partir, segun su primera inten-

manidad. Manifiéstase esto tanto en pequeño como en grande, en esa vida vulgar, como en los mas importantes acontecimientos históricos. Cuando el chino imita en su pequeño jardín las rocas, los torrentes y las cascadas de la naturaleza; cuando en lugar de los toros de los españoles, ó de los combates de gallos de los malayos, cria langostas en jaulas con el fin de enseñarlas para semejante uso guerrero; cuando se deja crecer las uñas hasta una longitud increíble á fin de pavonearse con su ociosidad y su ilustre estirpe; cuando entrelaza seda en su larga trenza para que esta le llegue hasta el talon; cuando desfigura el pié de la mujer... todas estas cosas no son mas que diferentes pruebas de la misma inclinacion hácia la extravagancia. Mas la cola, que es ahora el orgullo de los chinos, no es un uso tan antiguo como pudieran creerlo muchos europeos, pues no hace mas que doscientos años, que despues de una considerable resistencia y de gran efusion de sangre, la impusieron los tartaros al pueblo como señal segura de obediencia y yugo. En cambio, el pié desfigurado de las mujeres es una moda que tiene ya de tres á cuatro mil años de fecha, y ha sido introducida, segun unos, por una emperatriz que habia sido dotada por la naturaleza con piés flojos, segun otros por los celosos maridos; pero segun opinion de los mas, por las clases de la alta sociedad, que justamente por la circunstancia de que estropeen de este modo á sus mujeres y las coloquen en una situacion desamparada, quieren dar al mundo un testimonio de que por su origen poseen los medios de poder pasarse sin los piés.

»Dijimos mas arriba que no solo la vida diaria de los chinos, sino tambien su historia, contenian los rasgos mas extravagantes. Pues bien: tratarémos de probarlo con algunos ejemplos: De Yu, que reinó poco tiempo despues del diluvio universal, se cuenta con gran énfasis que habia inventado una campana, á la cual podian tocar los sabios cuando deseaban hacerle alguna comunicacion y que, para poder indicar cual era el ramo de ciencias que pedia audiencia, se hallaban aplicadas á esta campana una cantidad de planchas de metal, cada una con su diferente sonido. De Jeu se dice, que á pesar de todas sus caricias no pudo lograr una sonrisa de su querida Pao; entónces la preguntó qué deseaba para que le atendiese, y logró su deseo mandando desgarrar en su presencia las mas hermosas telas de seda, pues este ruido la divertia mucho. Descríbese la cara de Kong-fu-tse muy cómicamente, como un mapamundi vivo, donde se observa un dibujo de las cinco montañas mas altas y de los cuatro rios mas grandes. Del célebre Hong-wu se refiere que, enfurecido por las expresiones libres del filósofo Meng-tse contra los príncipes, habia dado la orden de borrar las obras de este autor del número de los clásicos; entónces se fué uno de los cólegas de aquel al emperador para hacerle reflexiones en contra de semejante orden, dispuesto á pagar con la vida su atrevimiento, por cuya razon se presentó delante del emperador con su caja de muerto debajo del brazo y una cuerda al pescuezo. Hong-wu, enternecido por esta magnanimidad, revocó su severa sentencia. Otro sabio salvó á un amigo suyo, á quien se perseguia dentro de las murallas de la ciudad, imitando en la noche el canto del gallo, lo cual indujo á los guardianes á abrir las puertas antes de tiempo. ¿Y cuán gracioso no es el relato de la embajada de Ricci, que fué comisionado á Pekin con regalos del papa en Roma? Estos regalos consistian en algunos relojes y otras preciosidades, varios mapas, un retrato del Salvador y de la Santísima Virgen, y finalmente una caja con reliquias. Para el reloj se mandó construir una torre especial; los mapas los calificaron los sabios, de un ensayo de los bárbaros, de querer engañar á los entendidos chinos, en vista de que la China no se hallaba en el centro de todos los países y de los cuatro mares; sobre las reliquias y todas las demás cosas, se pronunció el tribunal imperial en los términos siguientes: «No tenemos ninguna comunicacion con el Occidente, donde no se obra con arreglo á nuestras leyes, ni á nuestros principios. Las imágenes del Señor del cielo y de la Santísima Virgen, que nos ha ofrecido Li-Mateu (q. d. Ricci), no tienen valor ninguno, los huesos que nos quiere regalar, pertenecen, segun nos ha dicho, á los inmortales; sin embargo, no considera que si estos van al cielo llevan consigo tambien sus huesos. Hemos por consiguiente formado la resolución de que no deba hacerse caso de estas formas, y de que se deba mandar á su casa á Li-Mateu con sus regalos.»—Pero aun peor que Ricci, lo pasaron los embajadores holandeses que llegaron á Pekin en el año de 1654. Estos tuvieron primeramente que probar que los holandeses existiesen en realidad y poseyesen un país en que vivian; despues de haber probado esto, lo que costó no poco trabajo, porque los chinos declaraban falsificados los mapas de aquellos, se les preguntó cuanto tiempo podian vivir debajo del agua, y felizmente sin necesidad de hacer la prueba, llegó el gabinete chino á formular el siguiente resultado: «de que si bien los holandeses, en virtud de su naturaleza, se veian precisados á permanecer de cuando en cuando en terreno firme, eran por lo demás de la misma raza que los ingleses.»

»Se necesitan, en efecto, una presuncion extraordinaria y mucho desprecio de los pueblos extranjeros para poderlos tratar de un modo tan desdenoso. Sin embargo, hasta la última guerra anglo-china, ninguna nacion ha sido mas feliz en sus embajadas que aquellos holandeses, ni aun exceptuando á los ingleses y rusos, si bien estos recibieron la contestacion negativa envuelta en unas formas mas políticas, y no se rebajaron á la ceremonia humillante de golpear el suelo con sus cabezas

delante del emperador á fin de reconocerle de este modo por soberano suyo, á lo ménos segun la idea de los chinos. Puede ser quizás incomprendible para los europeos el que el gobierno chino, despues de haber tenido que abrir aunque forzosamente cinco puertos para el comercio extranjero, y despues de estar de seguro convencido de la mucha superioridad de los europeos por las experiencias hechas en los últimos años, no se haya aprovechado de este conocimiento, y que no haya llamado en masa á los artistas, economos, constructores de buques, maquinistas, ingenieros, oficiales, etc., europeos. Pero al juzgar sobre este particular no se tiene suficientemente en consideracion que la separacion del Imperio Celeste del demás mundo, es una necesidad para que subsista en su forma actual, y que el emperador, haciendo públicamente una semejante confesion, en virtud de la cual declara á los bárbaros, no solo iguales á su pueblo, sino aun superiores, conmoveria la base fundamental de su estado, y quizás hundiria todo el edificio, que hace ya siglos, solo ha podido sostenerse á fuerza de una obediencia é idolatria ciegas. Por consecuencia debió el gobierno siempre, y debe aun continuamente dejar en lo posible en completa ignorancia á su pueblo sobre su propia debilidad y esa fuerza superior de la Europa, valiéndose para ello de fanfarronadas y proclamas falsas.»

Despues de algunas noticias sobre la division de las clases, del sistema de categorías y etiqueta, de que ya se hace mencion en diferentes otras publicaciones, se dice lo siguiente: «Si los mandarines se presentan ante los extranjeros con una solemnidad y dignidad notables, es esto á consecuencia del papel que la etiqueta les impone, que solo por momentos oculta su humor ligero y extravagante, peculiar á todo el pueblo, y que es uno de sus mas amables rasgos.» Pero tambien se nota pronto el revés del carácter nacional suyo; falsedad y disimulo, intrigas, orgullo al lado de una baja adulacion, venganza, falta de carácter, voluptuosidad sensual y falta de sentimiento, cuyas cualidades son quizás aun mas pronunciadas en la clase de los empleados que en la clase inferior. Sobre todo el endurecimiento de corazón es tan patente y la compasion tan rara, que las relaciones de los emperadores que mandaban cortar á sus súbditos las piernas para ver la médula de los huesos, que daban órdenes para abrir el vientre de las mujeres embarazadas, cortar en pedazos á sus queridos vivos, y echarlos en calderos, escabechar á los cortesanos sublevados, tostarlos vivos y cortar de ellos pedazos de carne, que las relaciones de tamañas crueldades, decimos, se considerarán mas fidedignas cuando se sepa qué clase de castigos se emplean aun ahora en aquel país, y qué atrocidades se cometieron contra los ingleses en la última guerra.

Con respecto á las emigraciones de los chinos, dicen los autores: «Todas las Indias Orientales y el Archipiélago Malayo, están llenas de emigrados chinos. Por mas que la ley prohiba severamente á los chinos toda emigracion, esta sin embargo aumenta cada año mas; y pronto veremos á este pueblo esparcirse sobre el mar del Sur y toda la costa occidental de América. Pero no se juzgue por eso que carezcan de amor patrio, pues solo la necesidad y la superabundancia de poblacion los obliga á abandonar su país: y aunque se acostumbra pronto á su nueva patria, consiste esto en la circunstancia de que ha trasplantado su propia patria y las costumbres de sus padres en el suelo extranjero.»

Sigue despues una descripción de la vida doméstica y familiar, de las relaciones matrimoniales, etc., de los chinos, y en seguida se concluye este resumen general con las palabras siguientes: «Si hemos logrado en cierto modo dar un retrato fiel de la China y los chinos, no sabrá explicarse el lector, cómo lo que al viajero se le presentaba al principio en una variedad tan bizarra, le cansa sin embargo tan presto; cómo se siente poseido mas bien de sorpresa que no de interés y cariño por este país tan grandioso en muchos conceptos. Quizás convendrá con nosotros en sentir, que mientras la India era un país encantador, y la vida de su pueblo un cuento de mil y una noches, la China al contrario, nos parece un gran mercado, donde cada uno sigue sus bajos y mundanos intereses, y donde la vida es una farsa que no respeta nada.»

En una de las últimas sesiones de la Academia francesa de ciencias, M. Coste, el piscicultor del colegio de Francia, ha presentado á sus cólegas un dibujo de una osteria que un especulador de Roma habia hecho construir á las orillas del lago Lucrino, cerca de la ciudad de Cumas. Hoy como en tiempo de Augusto, los habitantes de las playas pantanosas del antiguo *Aqueronte*, crian las ostras en el estanque salado de Fúsaro, por medio de recintos formados con estacas y gabillas que retienen las nuevas generaciones á medida que se desprenden de las rocas artificiales, en que las colonias de Tarento fueron al principio fundadas, y que se multiplican de una manera prodigiosa. Todos los años, despues de la postura, la incubacion y nacimiento, los crustáceos madres que los han tenido hasta entónces en los pliegues de su concha, despiden á los jóvenes que van nadando á buscar cuerpos sólidos, á la superficie de los cuales se adhiere este polvo generador, se desarrolla y crece de suerte, que á los dos años ya está en disposicion de comerse. Se evalúa en mas de cien mil el

número de estos adultos que salen así de su madre, como enjambres de abejas, para ir en busca de otros abrigos.

Seria una gran mejora, dice M. Coste, y se añadirían inmensos productos á la industria marítima, el propagar en las costas francesas y los estanques salados que guarnecen una parte del Mediterráneo el método del lago Fúsaro.

En vez de procurar retener y criar las miriadas de generaciones que son actualmente presa de los polipos y otros enemigos que acechan este rocío del mar, se intenta multiplicar y perfeccionar los medios de despojar activamente los bancos naturales de estos deliciosos moluscos. Así, á pesar de los reglamentos y la vigilancia de la administracion, las fuentes se agotan cada vez mas, y como con la gallina de los huevos de oro, la codicia podrá recibir muy pronto su castigo.

### Una ascension al monte Siná.

.... Al dar la vuelta á una enorme roca, dice cierto viajero, percibimos el convento de Santa Catalina. Yo estaba tan cansado, tan abrumado de sed y de calor, que apenas podia abrir los ojos para lanzar una mirada de cuando en cuando á este oasis tan deseado. Los instantes nos parecian siglos para llegar al convento de frailes donde debian darnos permiso para llenar el objeto de nuestro viaje.

—¡Si rehusasen recibirnos! dijo mi compañero de viaje, con la voz conmovida.

No me habia ocurrido á mí tan triste pensamiento, que me hizo temblar y rechazarle como inspiracion del espíritu maligno.

—Es imposible, respondí inclinando la cabeza con abatimiento.

—A fe mia, yo no soy de vuestra opinion. Creo que lo que temo es no solo posible, sino probable. Desde aquí veo tres frailes que nos miran y que no parecen estar muy satisfechos de nuestra facha. Además, despues que nos han visto, han hablado entre sí, concluyendo por emprender la retirada.

Si yo hubiera tenido aliento para desahogar mi enojo, no sé lo que habria hecho contra aquellos hombres que tenían abundancia de agua, y de sobra, y no nos concedian ninguno de estos bienes de que tanta necesidad teniamos.

—¡Ay! dije á mi compañero, si nos rehusan la entrada en el convento, no nos queda mas remedio que morir.

—Vivid, pues, contestó mi amigo; yo me habia engañado: hé aquí la cuerda...

Bajaba, en efecto, una cuerda que tenia un gancho, al cual nuestros guías prendieron nuestras maletas, que como de costumbre, tuvieron el privilegio de entrar en el convento ántes que nosotros. Cuando todos los efectos hubieron subido, volvió á bajar la cuerda con un palo preparado en forma de lo que los gimnastas llaman *tr peccio*.

Debo ante todo decir, que el convento es una especie de fortaleza sin puerta alguna, como que está construido conforme á la necesidad que allí tienen sus moradores de evitar las agresiones de los árabes. Con esto se sobre-entiende, que esta última vez la sogá bajaba para servirnos de vehiculo. Yo subí el primero, un brazo atlético me arrancó de la cuerda para arrojarme en la estancia, y así pude ver el medio de que los frailes se valian, que era un cilindro rodeado de una maroma, para hacer subir los objetos de la parte exterior.

La hospitalidad de dichos frailes no deja nada que desear. Yo no puedo ménos de repetir todo lo que sobre el particular ha dicho M. Danzats en su interesante relacion titulada *Quince dias en el monte Siná*, cuyos detalles son muy exactos á pesar de haber sido revisados por Alejandro Dumas. Nos dieron habitacion, desde luego agua para lavarnos, y pronto nos pusieron una abundante colacion, que consistia en arroz con leche, huevos, almendras, queso, dulces y licores. Pero lo que nos agradó mas que todo fué el pan, verdadero pan como no lo habiamos probado en mucho tiempo.

Al fin de la comida toda la comunidad entró en nuestro refectorio. Los buenos padres iban á felicitarnos por nuestra llegada, ofreciéndose á servirnos en todo lo que pudiesemos necesitar, y nos acompañaron á visitar el convento.

Visto en su conjunto el convento de Santa Catalina, fundado por Justiniano, y la emperatriz Teodora, parece una poblacion fortificada de la edad media. Sus tapias ahumadas forman un cuadrado de 162 metros y están construidas con piedra de granito. Hay bastiones en los ángulos, guarnecidos de cañones, de que alguna vez se sirven los moradores para la defensa, empleándose solo para hacer ruido cuando los árabes importunan demasiado ó tratan de robar en el jardín exterior del convento.

El interior de este contiene un gran número de edificios irregulares construidos en virtud de diversos planes sobre un terreno muy desigual. Cuéntanse, además de la grande iglesia dedicada á Santa Catalina, veinte y seis capillas, cada una de las cuales tiene un santo patron, una mezquita construida en el siglo XVI para garantizar al convento de la destruccion de que le amenazaba el fanatismo musulman, una galería con muchas habitaciones reservadas á los forasteros, y en fin, algu-

nas fábricas para las cosas necesarias á la existencia de los frailes y á la conservacion del convento.

Lo primero que visitamos fué la iglesia tan magnífica como se describe en la obra que lleva el nombre de Dumas, en la cual solo se echa de ménos la descripción de la tumba de Santa Catalina, probablemente porque dicho monumento aunque de mármol blanco, cubierto por un tapiz de seda verde recamado de pedrería, no tiene gran mérito artístico.

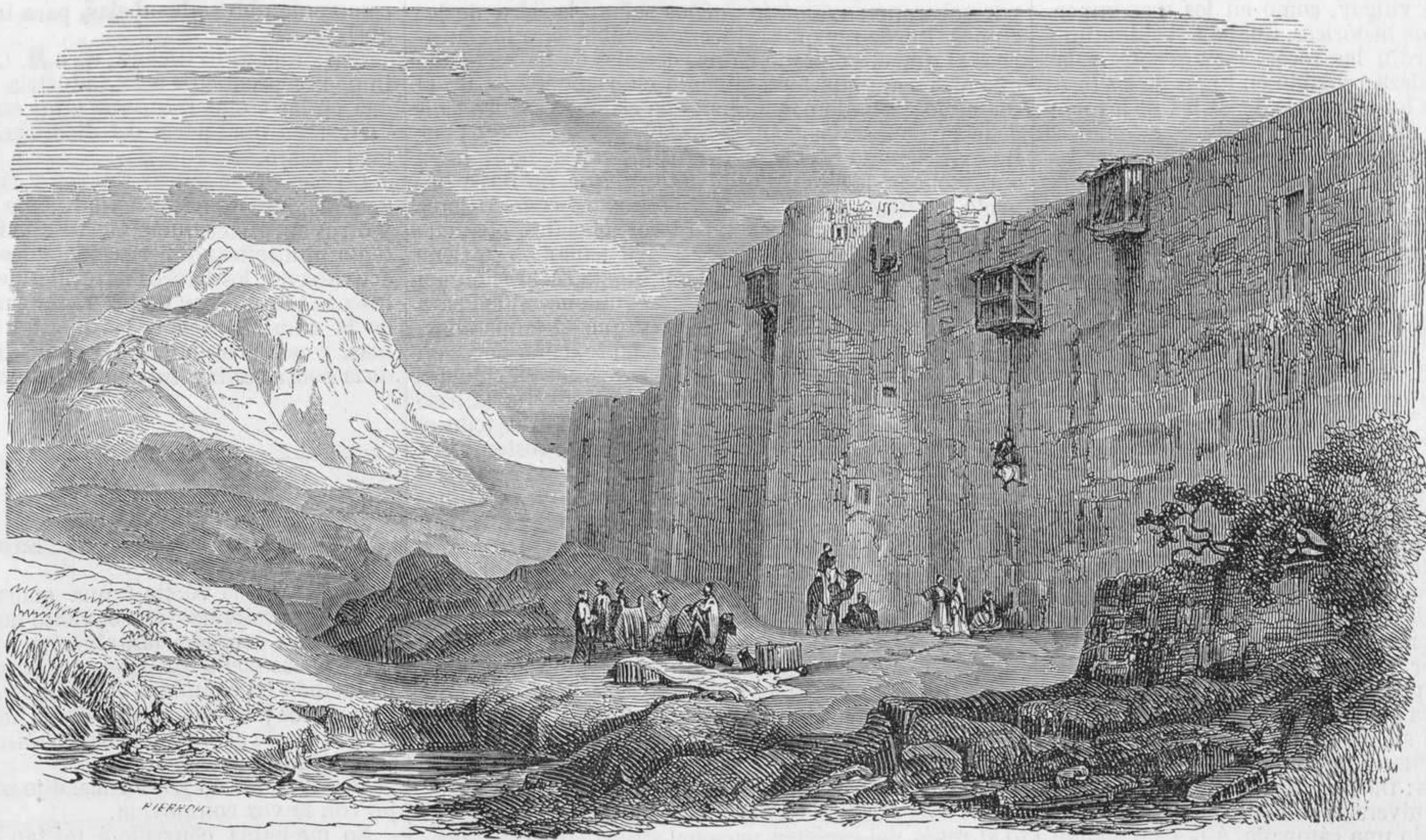
— ¿Es este, pregunté yo, el sitio en que descansan los restos de la Santa?

— No señor, dijo el que nos instruí, esta tumba solo contiene una efigie de nuestra patrona. Algunos dias despues de que esta murió, los católicos, celosos de ver que los griegos poseian este rico tesoro, se llevaron el cuerpo; pero no gozaron mucho tiempo de su triunfo, pues á penas habian llegado á lo mas alto de la montaña, vieron venir un coro de ángeles que cogieron á la santa y se la llevaron al cielo.

Pasamos luego á la biblioteca, donde Burckardt contó 1500 volúmenes griegos y 700 manuscritos árabes. Los frailes solo entran allí para conducir á los viajeros.

— ¿A qué hora suelen ustedes comer? pregunté yo á nuestro guía.

— Nosotros no hacemos mas que una comida, respondió, y esta es á las nueve de la mañana.



Vista exterior del convento de Santa Catalina.

— ¿Y no comen ustedes nada hasta el dia siguiente?  
 — En comunidad no; pero cada cual en su celda suele tomar algun alimento cuando tiene necesidad.

— ¿Cómo se procuran ustedes la carne en este desierto?

— No la comemos nunca. Nuestro alimento se reduce á pan blanco, un plato de sopa ó de legumbres, rábanos y aguardiente de dátiles.

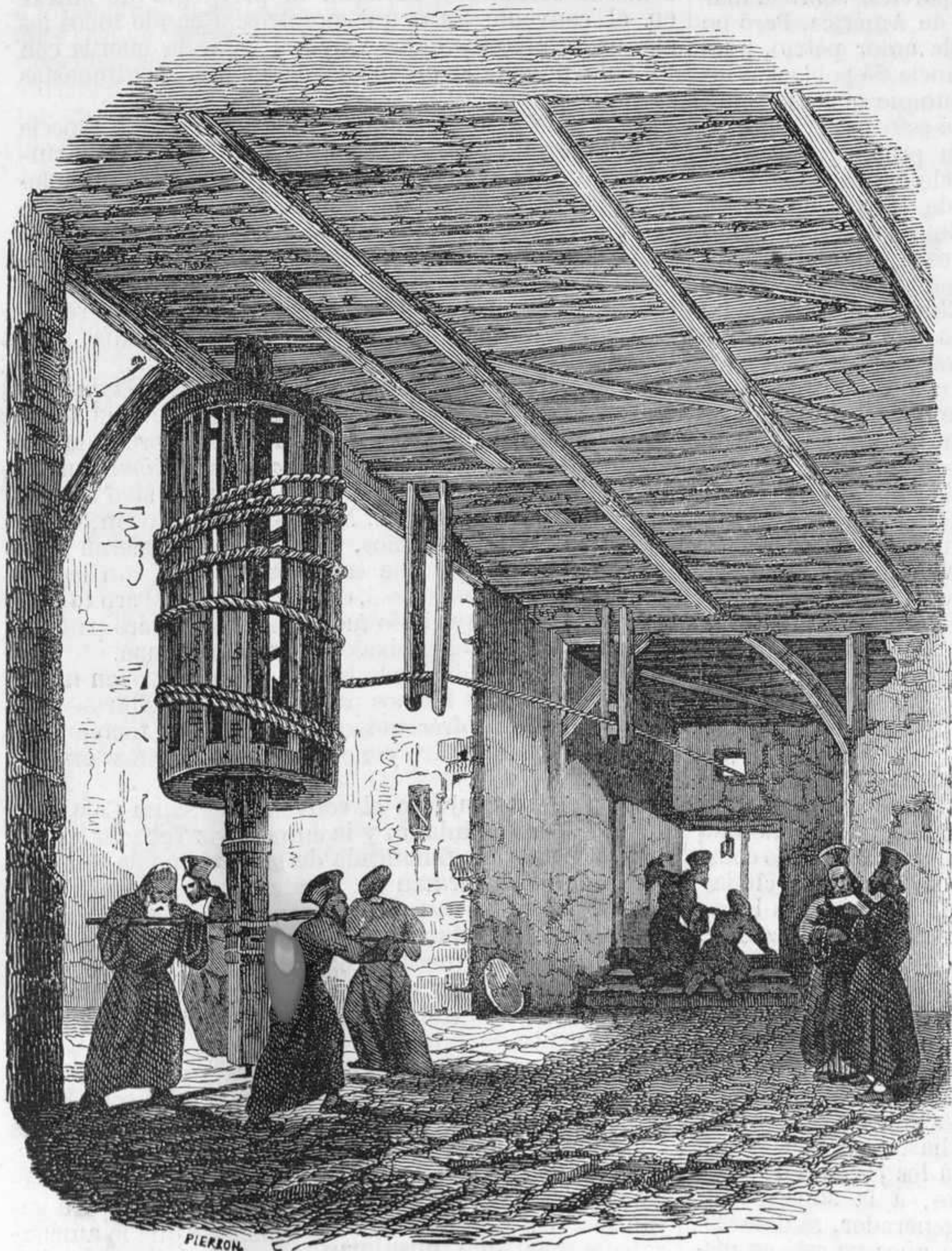
Al dia siguiente, en efecto, asistí á la comida. Cerca de la puerta del refectorio hay un púlpito, en el cual uno de los frailes lee la Sagrada Escritura. De cuando en cuando este suspende su lectura, y los demás su comida para entregarse á la meditacion. Concluida la comida, entraron todos en la capilla para hacer oracion,

dena de montañas que separan el golfo de Suez del de Akaba, y el punto culminante de este grupo que está á 8,000 piés de altura sobre el nivel del mar Rojo. El monte Horeb, con el cual se le confunde algunas veces, no es mas que una eminencia que impide ver el Sinai, en el cual percibimos una puerta en arcada y una cruz que tiene una tradicion muy admitida en el país. Segun dicen, un judío que desde el convento iba á subir al Sinai, fué detenido en aquel punto por una cruz de hierro que le detenia el paso hácia cualquier punto á donde se dirigiese. Asombrado de aquel prodigio, se arrojó el judío de rodillas rogando al fraile que le acompañara que le diese el bautismo, lo que se verificó, en aquel mismo lugar con agua tomada en un manantial del mon-

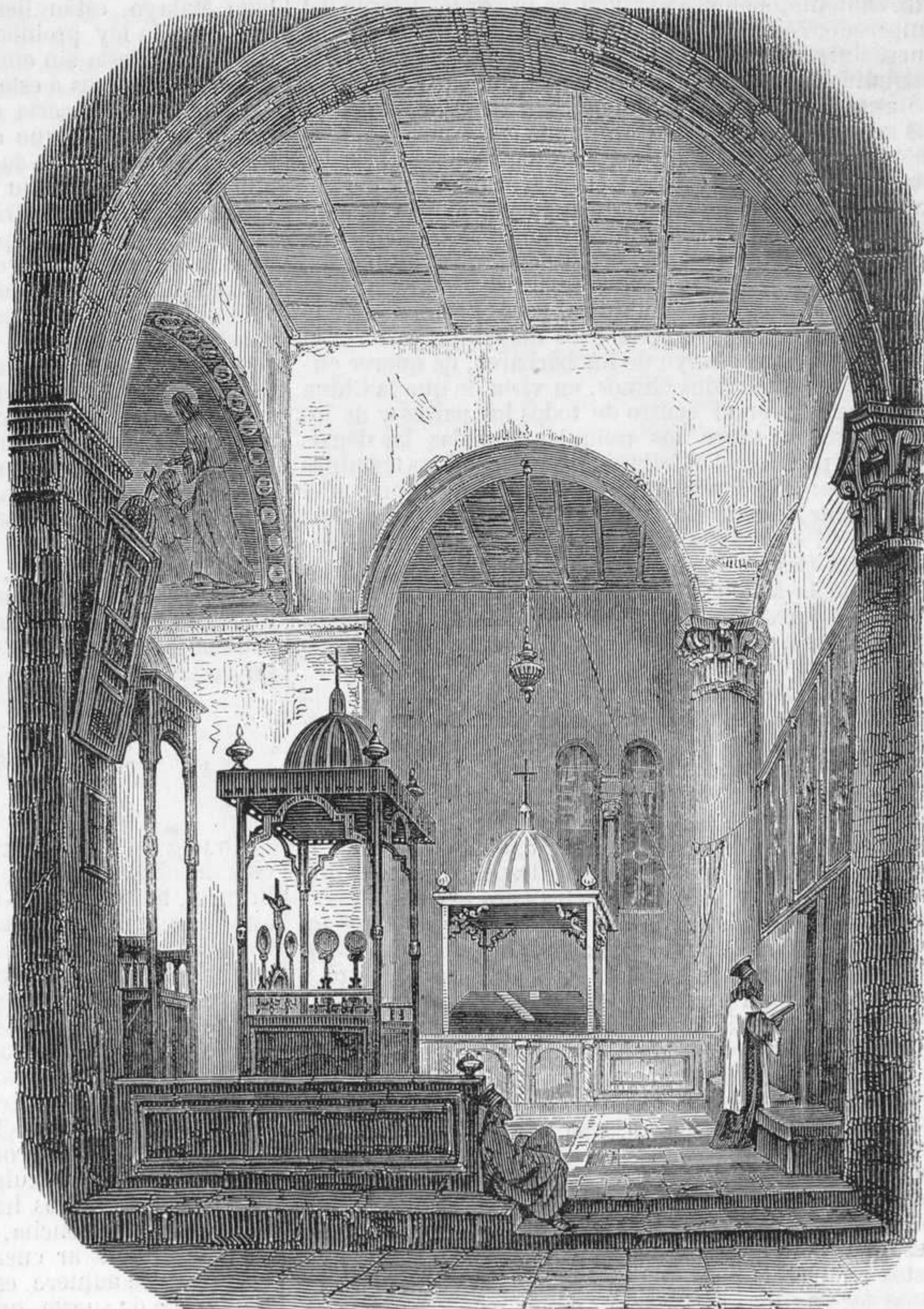
y pasaron luego á una de las galerías para tomar el café, á que tienen particular afición, pues el que ménos de ellos, tomó dos tazas.

Al otro dia madrugamos mucho para hacer nuestra ascension al Sinai, consintiendo uno de los frailes en servirnos de guía. Salimos del convento por medio de la maroma, como habiamos entrado, y trepamos por un sendero escarpado. A cada instante veiamos culebras, que huyendo de nosotros entraban en sus guaridas, y grandes lagartijas que nos miraban con aire amenazante, la boca abierta, y tranquilos en sus puestos. Por lo demás nada habia de notable en nuestro camino mas que la aridez.

El nombre Sinai sirve para designar á la vez la ca-



Religiosos del convento dando vuelta al cilindro para subir á los viajeros.



Interior de la capilla de Santa Catalina.



te. Este milagro dió márgen á una costumbre que ya ha caído en desuso, y consistía en que permaneciese allí siempre un fraile para confesar y absolver á los pecadores que visitaban el Sináí.

Nuestra ascension duró cerca de cuatro horas; nos detuvimos en la capilla construida sobre el punto en que el profeta Elías estuvo cuarenta dias, y donde es digno de admirarse un magnífico ciprés, único árbol de su especie que haya podido resistir los ardores de aquel clima. También nos detuvimos en la roca desde donde Moisés extendió las manos hácia el cielo mientras duró la batalla que dió Josué contra Amalek. En fin, llegando á la cima, descubrimos el mas precioso panorama que el hombre puede ver en la tierra. Allí fué donde á los tres meses de su salida de Egipto oyó Moisés salir de la boca de Dios estas palabras:

« Dirás al hijo de Jacob: Vos habeis visto lo que yo he hecho en Egipto; yo os he levantado como el águila levanta sobre sus alas á sus hijos, y ahora si observais mis preceptos, vosotros formaréis mi pueblo elegido. Yo vendré á tí durante la noche, y tú oirás mis palabras. Anda pues, servidor mio, purifica hoy al pueblo, fija sus límites al redor de la montaña, y cualquiera que los traspase sufrirá la muerte.»

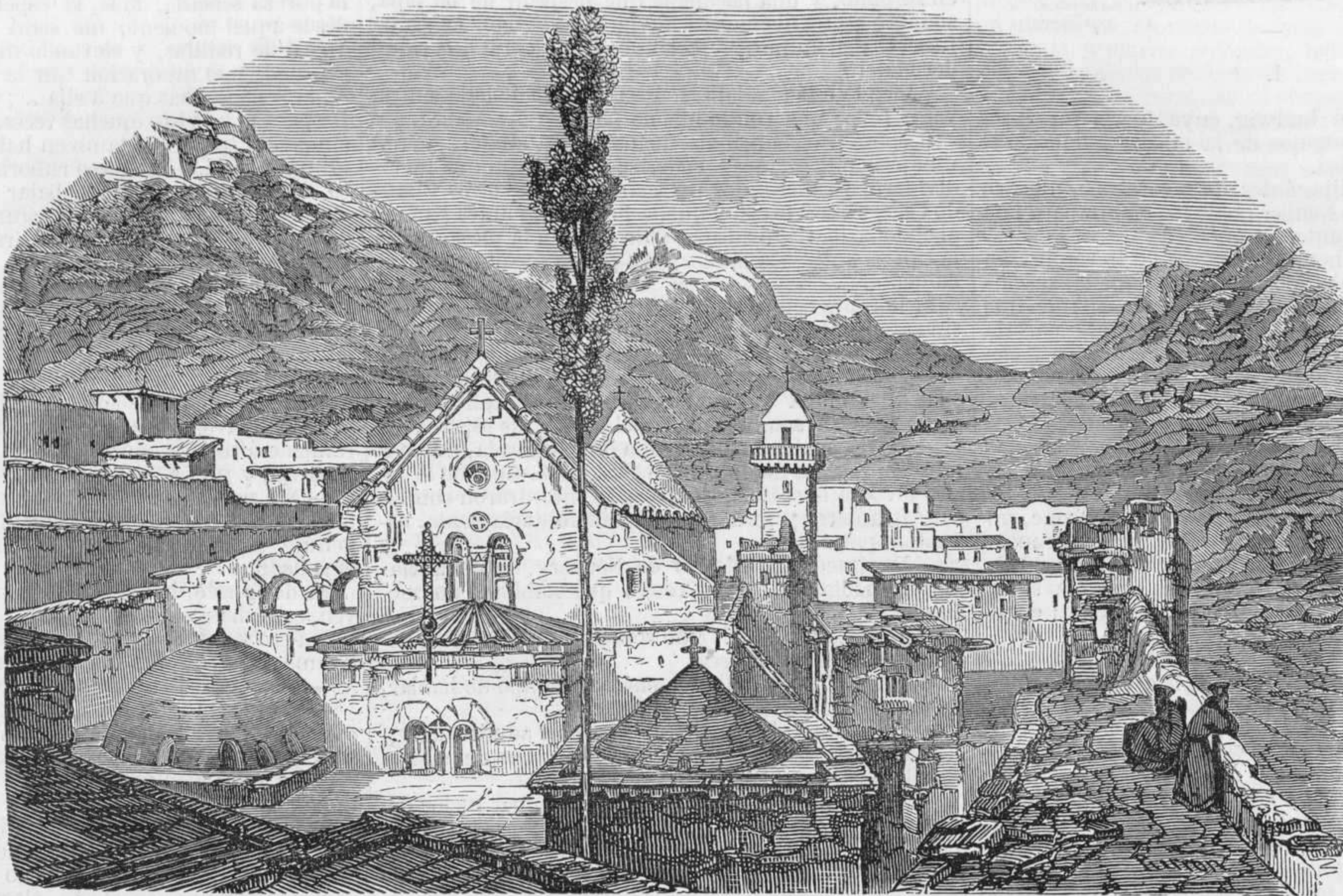
Y al tercer dia cuando despuntaba la aurora, una inmensa nube cubria el Sináí. De esta nube salian terribles voces mezcladas al ruido de los truenos y de las trompetas. Toda la montaña parecia de

fuego, á pesar de lo cual subió á ella Moisés, y todo el pueblo oyó el clamoreo de las trompetas, permaneciendo á larga distancia, hasta que Moisés apareció.— Hablad, le dijeron,— Afirmaos en vuestra fe, les contestó; Dios ha venido sobre vosotros para probaros, y á fin de que el temor de su cólera os aleje del pecado.— En seguida volvió á perderse entre la nube donde estaba el Señor, para darle nuevas ordenes.

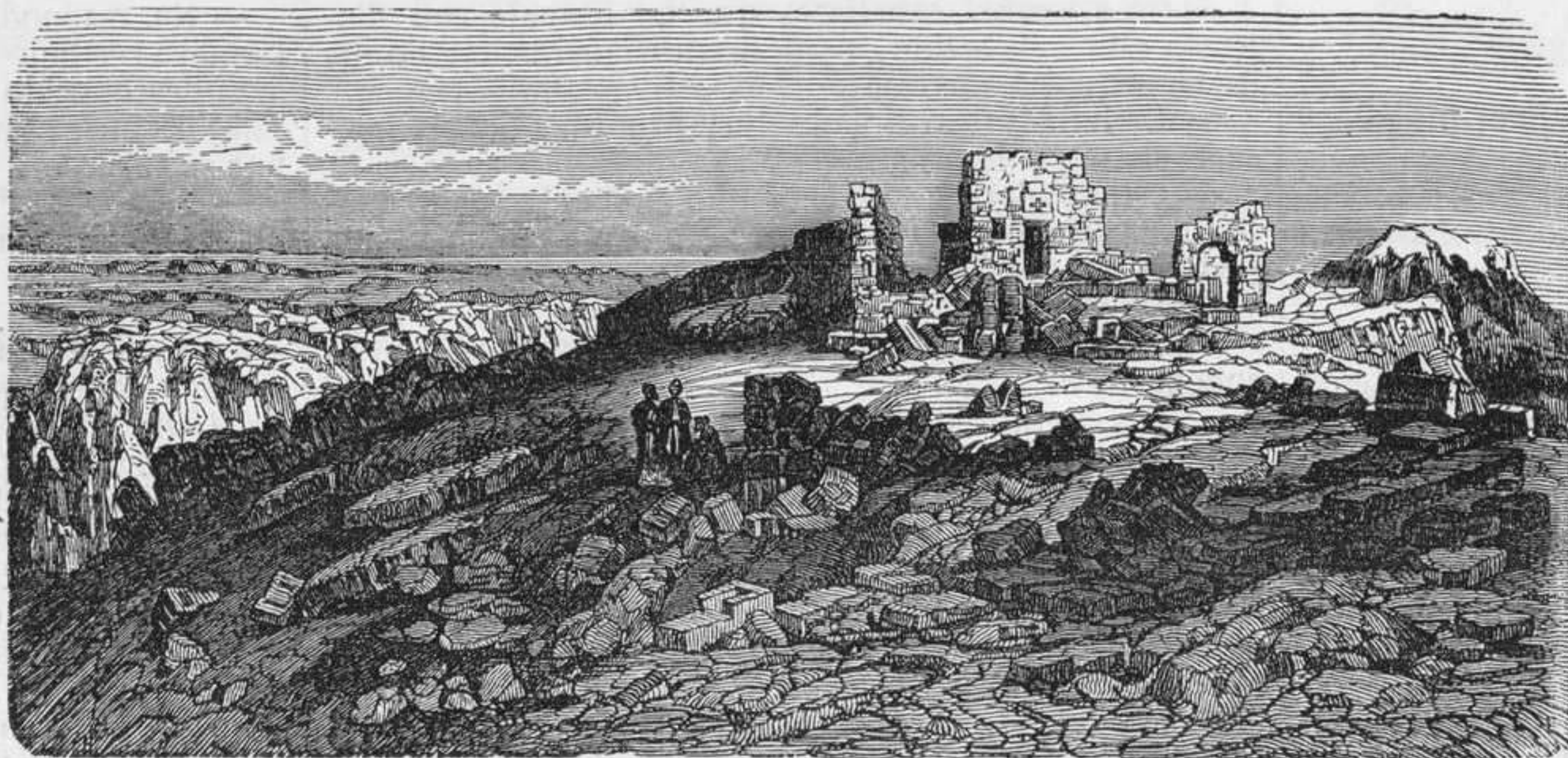
Los musulmanes han construido en la cima del Sináí una mezquita, enfrente de la capilla cristiana, queriendo tambien tener allí su leyenda milagrosa. Si se fuera á darles crédito, su profeta pasó tambien por allí, dejando el camello en que montaba, su huella marcada en la roca.

A nuestra bajada visitamos la piedra de Horeb, ó sea la roca de donde Moisés hizo salir el agua tocando con su vara; es un pilar de granito de cuatro metros de altura, tocando al suelo solamente por la base. Los árabes tienen una gran veneracion por la roca de Meribah que es el nombre que dan á la piedra de Horeb. Creen que el follaje que toca en ella, tiene la propiedad de curar á los camellos.

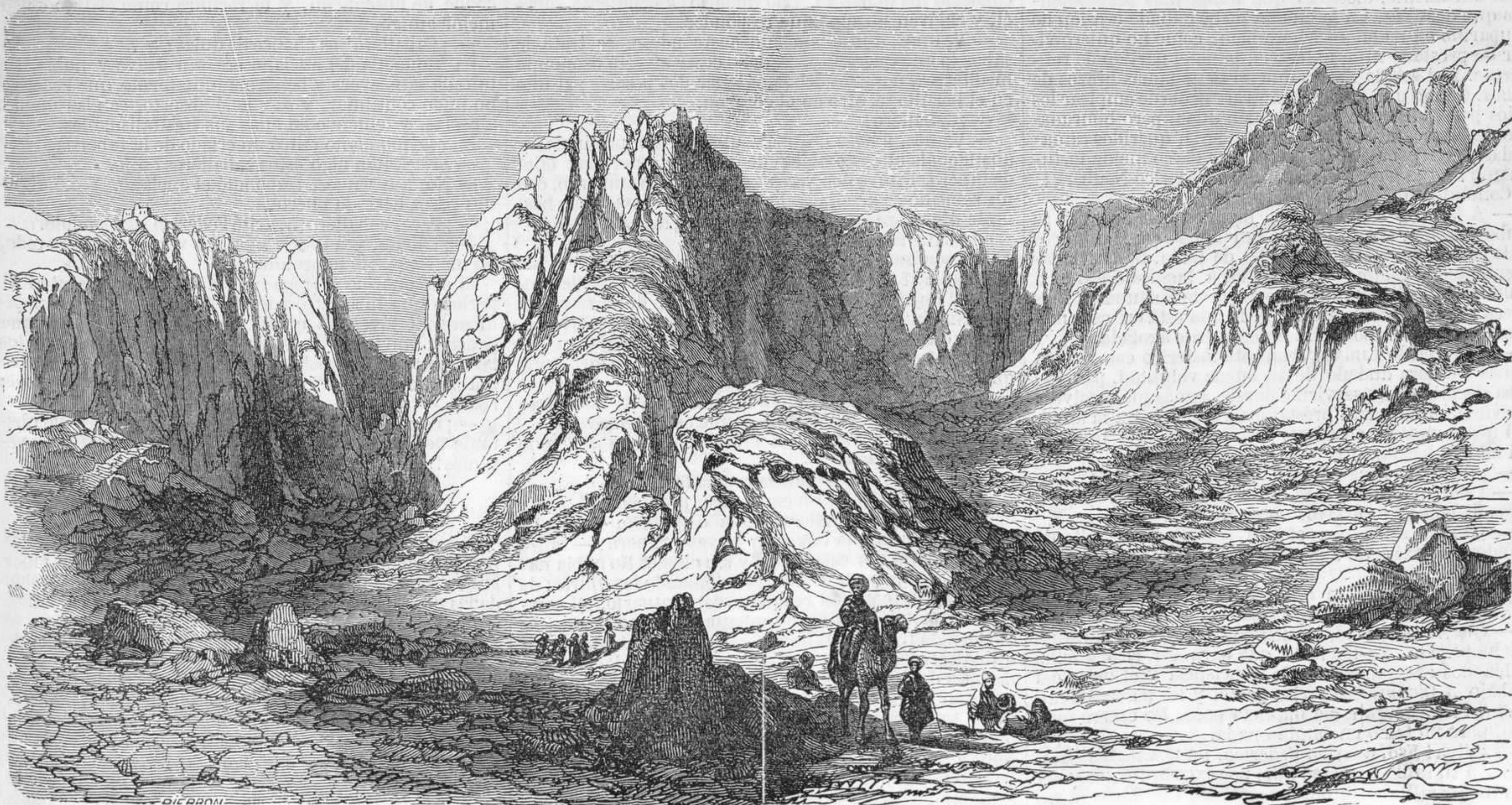
Por último, no habia terminado el dia cuando entramos otra vez en el convento, y no esperamos á que el sol se pusiese para acostarnos, despues de hacer una ligera colacion. Como es natural, estamos cansados, pero no sentimos haber dado el paseo que causaba nuestra fatiga.



Aspecto interior de los edificios contenidos en el convento.



Cumbre del monte Sináí.



Vista general del monte Sináí.

## LOS TALISMANES.

## I.

— ¡Atencion! gritó Ludwig, cuya fuerte voz, resonando en todos los ángulos de la taberna, dominó el tumulto de la asamblea.

— Amigos míos, dijo, antes de separarnos, nuestro camarada Federico de Neuberg pide la palabra para una comunicacion importante.

A este nombre, un hombre sentado en la sombra en el fondo de la sala, solo, en una mesa pequeña, se conmovió y se volvió para ver mejor al estudiante que acababan de anunciar. Federico de Neuberg parecía muy joven. Su talle alto y ligero, era gracioso y elegante; su fisionomía, de una regularidad notable, parecía aun embellecida por una expresion de melancolía resignada y de dulces meditaciones, que contrastaban mucho con el ruido de los vasos y las alegres canciones que resonaban en torno suyo. Cuando se puso en pié, todo el mundo se calló.

— Amigos y camaradas, dijo él con voz firme, yo he querido reunirme hoy con vosotros para preguntaros si durante los años que he pasado en la Universidad, alguno ha tenido algun reproche que hacerme, si no me he conducido siempre como un noble y leal estudiante.

— ¡Siempre! repitieron en coro muchas voces.

— ¡Yo tengo un reproche que dirigirle! exclamó Ludwig con grave y sonora voz.

— ¿Cuál?

— Que le ha echado agua al vino en mi presencia, y no ha tenido mas que un amor á la vez.

Una carcajada se siguió á este discurso, y despues de apagada, todo se quedó en silencio.

— Quizás es verdad lo que se dice, repuso Federico sonriendo; pero creo que esto no ha disminuido la estimacion que haciais de mí. Yo queria oírlo de vuestra boca, á fin de que, al dejar la Universidad, pueda llevar conmigo el buen recuerdo de mis camaradas, sin dejar rastro de ninguna falta, ninguna mala accion que yo hubiera descuidado reparar.

Estas últimas frases sublevaron un grito general, y multiplicadas interpelaciones.

— ¿Qué es esto? — ¿Despedidas? — ¿Porqué pues? — ¿Tú te vas?

— ¡Ay, sí; os abandono, camaradas! Voy á procurar vivir en otra parte... porque no tengo recursos para poder vivir aquí.

— ¿Cómo es eso?

— Eso es muy fácil de comprender. Mi padre, el baron de Neuberg, era un bizarro militar que no tenia otra cosa que su paga; despues de su muerte, mi madre tenia la pension de viuda... y despues de la muerte de mi buena madre, — aquí la voz de Federico tembló á pesar suyo, — yo, repuso con tono firme, no tengo nada.

Hubo un momento de penoso silencio, y los jóvenes se miraron unos á otros. Pero si los corazones eran buenos, las bolsas no eran pesadas, y nadie habló.

— He buscado un empleo, dijo Federico con el mismo tono. Creí al principio que el gobierno podria pagar los servicios del hijo, puesto que habia tomado la vida del padre; me habia engañado. El ministro me ha despedido duramente, diciendo que habia mas pretendientes que destinos. En la ciudad no he hallado ocasion de ocuparme en nada. — Ahora bien, como no quiero vivir de prestado ni de industria, como el partido de retirarme. Ahí está la tierra, que no tiene jamás brazos de sobra. Confío que he de encontrar medio de emplear los míos para poder vivir, pobre, sin duda, pero honradamente tambien... — Por consiguiente, queridos camaradas, ¡me despido de vosotros y os deseo mejor fortuna que la que ha tenido hasta hoy Federico Neuberg!

Concluidas estas palabras, se sentó.

— A fe mía, dijo Ludwig, despues que Federico se hubo sentado, si la tuvieras tan buena como nosotros te la deseamos, no tendrías falta de nada. Desgraciadamente todos estamos condenados á buenos deseos. La bolsa del estudiante no es como la de Fortunato; mas veces está vacía que llena... y la mia está en este momento como esta botella... enteramente agotada.

— Mi querido Ludwig, contestó Federico con calma, jamás hubiera dudado de tu buena voluntad, pero estaba decidido á no servirme de ella. Jamás me resolveré á vivir de limosnas ni préstamos, aunque fuera la amistad quien me los ofreciera. Mi decision está tomada, mi maleta hecha... mañana me marchó.

— ¡Mañana! repundieron muchas voces juntas.

— ¡Mañana!... á no ser que... El hombre propone y Dios dispone. El porvenir no es nuestro.

— ¡Quién sabe, con efecto! replicó un estudiante riéndose; quizás va á heredar, y mañana será millonario.

— Va á tropezar con la bolsa de Fortunato, de que se hablaba ántes, dijo otro.

— Queridos amigos, el tiempo de magias y talismanes ha pasado. Yo he leído que para ser rico y feliz, habia dos: la pureza de la conciencia y el valor del trabajo. A Dios gracias yo los poseo, y los poseeré siempre. Así mi porvenir me inquieta poco. No espero mucho, pero no temo en cambio nada.

— ¡Viva! Eso, querido Federico, no nos impedirá de beber á tu salud... y creo que, por extraordinario y sin renunciar á tus costumbres acuáticas, nos darás la razon. Tú sabes que mientras queda una gota en la bo-

tella de la antigua casa de Ludwig, un pedazo de carne en su plato, y una bocanada que despedir de su pipa, siempre estará dispuesto á dividirlos contigo. Así, echa fuera el mal humor, y bebamos con alegría á la salud del viajero.

Diciendo estas palabras, desocupó la botella en su vaso. Todos hicieron lo mismo por la vez postrera.

Despues de este brándis, todos los estudiantes dieron un apretón de manos á Federico, le pidieron que no los olvidara, y salieron los unos en pos de los otros. Cuando Federico se vió solo, aquella firmeza de ántes pareció abandonarlo. Cayó en una silla junto á la mesa, metió la cabeza entre sus manos, y se puso á meditar profundamente.

El hombre oculto en el rincón de la sala se levantó sin ruido, y fué á colocarse junto á él. Era un hombre de edad, alto, flaco, y estaba envuelto en una ancha capa. Sus facciones muy marcadas tenian cierta expresion de nobleza y energia; sus cabellos canosos que caian bajo su sombrero hasta el cuello, las espesas cejas bajo las cuales brillaba una dulce mirada, aumentaban el aspecto notable de su fisionomía. Cuando Federico levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los del extranjero, y se estremeció involuntariamente. Levantóse para salir.

— No, quedaos, Federico de Neuberg, dijo el anciano cogiéndole del brazo. Tengo que hablaros un momento.

— ¿A mí, caballero? ¿me conocéis á mí?... respondió Federico con sorpresa.

— ¡Cierito! Sentaos. Aun tenemos tiempo de hablar, puesto que no partís hasta mañana.

Federico miró al extranjero con nueva admiracion.

— ¿Podré saber con quien tengo el honor de hablar, caballero?

— Con un amigo vuestro, Federico... ó por mejor decir, con uno que desea serlo. Si os dijese mi nombre, de fijo no lo conoceriais, así poco importa; de vos es de quien se trata. ¿Quereis salir de esta ciudad?... ¡Pues bien! yo os aconsejo que no la dejéis.

El tono afable del desconocido y sus elegantes modales hacian sin duda impresion en el joven. Por esa razon, contestó con el mismo tono y sin vacilar.

— Os aseguro, caballero, que he tomado con disgusto esta resolucion, pero desgraciadamente, no me queda otra que escoger.

— Os habeis desanimado muy pronto. ¿Habeis buscado el apoyo de los amigos?

— ¿Mis amigos?... no los tengo sino entre pobres estudiantes como yo, y ellos necesitan apoyo, en vez de poderlo dar...

— Bueno... ¿y yo?...

— ¿Vos, caballero? Perdonad, pero creo que no os conozco, y...

— ¡Os confundís siempre! Yo os conozco, y esto me basta. Decidme qué os hace falta.

— Yo no podria aceptar...

— Escuchad, Federico, esas son niñerías. Yo os ofrezco mi apoyo y el crédito que tengo; me parece que no tenéis motivo para rehusarlo, porque aceptándolo, no os comprometéis á nada. Por mi parte, la razon es sencilla: he conocido á vuestra familia, os conozco á vos que pareceis un buen muchacho, y quiero seros útil; es uno de esos actos de la Providencia, de que hablábais poco hace.

La admiracion de Federico iba creciendo; pero el desconocido iba tomando, á no dudarlo, ascendiente sobre él, y el joven no supo que responder.

— Veamos, dijo el anciano acercándose, se trata de saber lo que queremos. Si debo creer en esta fisionomía meditativa, nosotros debemos tener dos pesares; el uno en el bolsillo, el otro en el corazón.

— ¡Caballero!

— Vamos, adivino. Teneis una pasion profunda, y abandonais el casto objeto de vuestro amor por falta de dinero. Esto es dos veces grave... y sin embargo, con un remedio se acudia á los dos males; con tener bastante dinero para permanecer aquí. ¿No es verdad?

— ¡Caballero!

— Podrémos hallarlo. Pero ántes, joven, no olvido que hablo al baron de Neuberg. Espero que puede confesar el objeto de su amor, que es digno de su nombre.

— Sin duda, replicó Federico enteramente subyugado por este singular personaje. Su nacimiento, su belleza, su fortuna, no solo la harian digna de mí... sino que ¡ay! yo no soy digno de ella.

— Bueno, bueno, verémos. Quizás pueda esto arreglarse. ¿Y siente ella la pasion que os ha inspirado?

— ¡Ah, no me atrevo á creerlo! Apénas he tenido ocasion de hablarle.

— ¿Cómo, pues, la habeis conocido?

— Una casualidad, un encuentro providencial, como deciais poco ha, caballero. El año pasado, — porque hace ya un año que la vi por la vez primera, — entré en la catedral por casualidad y sin objeto. No habia nadie. Yo erré por su recinto contemplando los vidrios de colores, y la majestad religiosa del santuario. Mi corazón se penetró de los pensamientos sublimes acerca de la eternidad, y caí en honda meditacion. Andaba maquinalmente, con los ojos dirigidos al cielo, cuando, despues de dar una vuelta, me encontré á la entrada de una capilla lateral. Apénas di un paso, me detuve, lleno de sorpresa y admiracion... Ella estaba de rodillas, orando ante el altar... No, yo no podria pintaros lo que sentí á su vista. Jamas tanta belleza, gracia y candor habian herido mis miradas. De rodillas estaba, graciosamente inclinada, con sus hermosos ojos levantados; su boca entreabierta dirigia á la Virgen una santa ple-

garia. En su fisionomía se reflejaba, como en un espejo, la pureza sencilla, la fe, la esperanza, la caridad. Sí, desde aquel momento me sentí herido en el corazón. Yo caí de rodillas, y elevando mi alma á Dios y á ella, confundiendo mi oracion con la suya, hice voto de no amar á nadie mas que á ella... ¡y de amarla siempre! Despues la he visto muchas veces, porque la he buscado sin cesar; he podido tambien hablarle, he oido el metal de su voz!... Yo la veo ruborizarse cuando me acerco, sonreír algunas veces, bajar siempre los ojos. ¡Oh, ella sabe que la amo, estoy seguro de ello! ¿Cómo podria no haberlo adivinado? — ¡Era un sueño bello! Pero voy á perderlo pronto.

Al concluir estas palabras, Federico dejó caer la cabeza entre sus manos. Arrastrado por sus recuerdos, habia hablado con fuego. El desconocido lo contempló en silencio con paternal ternura.

— Bueno, dijo, ¿Y esto es todo?

— Sí, respondió Federico, recobrando su sangre fria, y un poco avergonzado de haberse confiado tan ligeramente á un desconocido. ¡Esto es todo! Bastante era para mí, y mas ahora, ¡que todo se ha concluido!

— No, no, hijo mio, dijo el anciano. Yo estoy satisfecho de tí, Federico. Sentimientos tan puros, tan ingenuos, me encantan... y veo con placer que no me he engañado...

Al decir esto, habia puesto la mano sobre la del joven, estrechándola con amistad.

— Pero veamos, arreglemonos nuestros negocios definitivamente. ¿Tú sabes cómo se llama?

— ¡Caballero! su nombre no me pertenece, y...

— ¡Vamos! ¿Temes comprometerla porque la has encontrado una vez en la iglesia? ¡Vaya! no eres tú solo, hijo mio. Pero tú conoces que para ayudarte necesitó saber si esa joven merece entrar en tu familia. ¿Cómo se llama?

— Constanca de Rosenheim, dijo ruborizándose.

— ¡Constancia! replicó vivamente el anciano, pero se contuvo, y estrechó de nuevo la mano de Federico.

— Has hecho una excelente eleccion, hijo mio. Solo que, tienes razon, ella es superior á tí... Pero en fin, no hay que desesperar. ¿Tú no visitas todavia al conde de Rosenheim?

— No, respondió Federico; no lo conozco; ¿cómo me hubiera recibido en su casa?

El desconocido se levantó y dió dos vueltas por la sala; despues se acercó á Federico, que no podia dominar su sorpresa.

— Démonos priesa, dijo él; la noche avanza. Tú hablabas de talismanes poco hace; yo puedo dártelos.

— ¿Vos?...

— Sí, toma.

Acercóse á una de las luces que brillaban sobre la mesa, y puso en un papel el selló de un anillo que llevaba en el dedo.

— Toma esto por de pronto. Llévelo mañana al dueño de la posada del Leon de Oro; esto bastará para que te aloje en su casa. — Despues, continuó dándole otro selló, llevarás esto al banquero Mulhberger, y le pedirás 300 florines, que te dará sin dificultad.

— ¿Cómo, caballero!...

— ¡Sin duda! En seguida, — y he aquí lo mas precioso, — toma esto.

Le puso en la mano una medalla, preciosamente trabajada. Federico lo miraba con sorpresa creciente.

— Lleva esto contigo; hazte anunciar en casa del conde de Rosenheim, y te recibirá como el hijo de su mejor amigo.

— ¡Caballero! os chanceais quizá; y...

La fisionomía del anciano era tan grave y noble, su mirada tan severa y benévola juntamente, que Federico no pudo continuar, y se quedó absorto, con las manos abiertas, y teniendo en ellas sus tres talismanes.

En este momento entró un criado de la taberna.

— ¿Necesitan algo estos caballeros? dijo.

— No; nos vamos, respondió el anciano. Y dió algunos pasos hácia la puerta.

— ¡Pero, caballero!... gritó Federico siguiéndolo.

— ¡Callate, y á Dios!... ya nos verémos. Sobre todo, no me sigas, ¡te lo prohibo!...

El desconocido acompañó esta frase con un gesto imperioso que hizo retroceder á Federico, y salió rápidamente. El joven se quedó inmóvil, no sabiendo que pensar, volviendo y revolviendo entre sus manos los talismanes que el anciano le habia dado. El selló contenía signos geroglíficos, y esta divisa: *Mens concia recti.*

— ¡Es inconcebible! murmuró Federico; y no obstante no tenia trazas de burlarse de mí... ¡Lo verémos!

## II.

Federico se encontró muy perplejo al dia siguiente por la mañana. No creia en los magos, ni podia tener gran confianza en los talismanes, que le habian sido dados de un modo tan singular. Pero esto no obstante, estaba tentado á probar su eficacia. En su situacion, se hubiera reprochado el desatender cualquiera medio de salir de ella, por improbable que fuera su éxito.

— Este hombre, se dijo á sí mismo, está sin duda en relaciones con el dueño de la posada del Leon de Oro, y el selló que me ha dado es una especie de letra á la vista, un pagaré, que el posadero conoce y recibe á cuenta. Además, ¿qué arriesgo? Yo estoy decidido á salir de la ciudad; si soy victima de una mistificacion, yo seré el primero que se ría con el posadero, y se concluyó, nadie lo sabrá.

cion, se dirigió á la posada del Leon de Oro. Era una de las mejores que habia en la ciudad. Cuando llegó á la puerta, Federico no pudo prescindir de vacilar, y estuvo á punto de renunciar á su proyecto; pero por fin, volvió á recobrar su anterior resolucion, y entró.

— ¿Qué se le ofrece á Vd., caballero? preguntó un criado con un aire que revelaba el exterior demasiado modesto de Federico.

— Quisiera hablar á vuestro amo, respondió el jóven con mucha sangre fria.

— Está ocupado, replicó el criado echando una ojeada al mínimo paquete del estudiante. Si desea Vd. una habitacion....

— Yo quiero hablar á vuestro amo, repitió Federico con la misma calma.

— Muy bien, caballero, muy bien; sírvase Vd. pasar y aguardar un momento.

Con efecto, poco despues entró el posadero en el gabinete en que se hallaba sentado Federico. Era un hombre alto, calvo, seco, con ojos pequeños, pero muy vivos y penetrantes. Con una mirada examinó á Federico de piés á cabeza, y su fisonomía se oscureció singularmente.

— ¿Qué se le ofrece á Vd., caballero? dijo con un tono que acabó de trastornar á Federico.

— Caballero, dijo Federico, procurando buscar un poco de aplomo, vengo á pedirlos alojamiento...

— Muy bien, caballero... y...

— ¡Perdone Vd.! debo decir á Vd. que me dirige aquí alguno que conoce á Vd. sin duda, porque me ha encargado que le entregue á Vd. esto.

Al mismo tiempo sacó del bolsillo el sello, y se lo presentó al posadero. Este lo cogió con admiracion, lo examinó con cuidado, y le dió muchas vueltas. — Después dirigiendo á Federico una mirada de sorpresa:

— Pero... yo no comprendo, caballero. ¿Qué quiere Vd. que yo haga con esto?

— ¡Bueno! pensó el jóven; he sido engañado. Procuremos salir honrosamente de este mal paso. — A fe mía, no lo sé, dijo riéndose; os lo entrego como me lo han dado.

El posadero lanzó á Federico una mirada tan penetrante que casi desconcertó al jóven, despues de lo cual le respondió:

— ¡Vd. conoce que yo lo sé todavía ménos! ¿Quién le ha dicho á Vd. que me diera esto?

— No lo sé, contestó Federico riéndose otra vez. No conozco á aquel caballero, y yo creía que Vd. lo conocería bastante. Pero veo que se han divertido conmigo. De todos modos, le pido á Vd. mil perdones.

Al concluir esta frase, volvió á coger su paquete. El posadero lo examinó con atencion. Poco á poco pareció que su fisonomía se aclaraba, y él también comenzó á reirse, causando gran sorpresa á Federico.

— En fin, dijo metiéndose el sello en la faltriquera, la idea es singular y chistosa.... Tendría curiosidad de saber en qué podría parar esto...

Esta frase redobló la sorpresa de Federico, que miró á su vez al posadero.

— Vd. me parece un hombre honrado, y yo sentiría que alguno se hubiera divertido á costa de Vd.

— ¡Vaya! pensó Federico.

— Quizá este es el principio de una aventura que puede tener un desenlace favorable para Vd., y yo sentiría el estorbarlo.

— ¡De veras! murmuró Federico, continuando siempre sus sentimentales reflexiones.

— En todo caso, si es una mistificacion... ¡Bueno! quiero participar de ella.

— ¡Eso es increíble! continuó Federico, no sabiendo ya qué debía pensar.

El posadero llamó, y vino un criado.

— Conducid á este caballero al número 15, que está vacante, é instruiddo en las costumbres de la casa. Este caballero come en la mesa redonda. — Perdone Vd., ¿puedo saber su nombre de Vd.?

— Federico, baron de Neuberg.

— ¡Basta! ¡Acompañe Vd. al señor baron! dijo el posadero haciendo un signo al criado; en seguida saludó cortesmente á Federico y salió.

El estudiante no volvía de su sorpresa. El criado lo llevó á un cuarto muy cómodo, elegantemente amueblado, y le informó de las costumbres y horas de la casa. Federico creía soñar. Apenas se quedó solo, se dejó caer en un sillón, y se puso á reflexionar. — El resultado fué únicamente esta exclamacion: — ¡Es increíble!

Porque el posadero no conocía al extranjero. Primero habia rehusado el sello como una burla, y si habia cedido despues, solo habia sido por influjos que él no comprendía. ¿Pero cómo suponer que existía un talisman semejante? ¡Evidentemente, esto era un absurdo!

Por último, despues de haber dado una ó dos vueltas por la habitacion, Federico se fijó en el siguiente razonamiento. O el talisman era real, ó no lo era. Si el posadero habia sentido su influencia, el banquero debía sentirla también. Pero si el banquero se negaba, la consecuencia natural era que el posadero habia cedido solo á un movimiento de curiosidad. En tal caso tendría escrúpulos de aprovecharse de esta ocurrencia, contrayendo una deuda que no podría pagar, y partiría al día siguiente. — Por lo tanto, era necesario ir en seguida á probar la influencia del talisman sobre el banquero.

No se le ocultaba que esta prueba era mucho mas difícil que la primera. Se trataba de trescientos florines, y de un hombre probablemente ménos accesible que el

posadero. Pero sin embargo, preciso es decir que Federico estaba mas animoso despues de su primer triunfo, y se puso en camino con mas confianza que la vez primera.

El banquero lo recibió por de pronto muy bien. Era un hombre redondo, de rostro afable y jovial. Le preguntó qué se le ofrecía.

— Caballero, dijo Federico alegremente, vengo á cobrar á la vista trescientos florines. La forma es tal vez un poco rara, pero yo creo que no le causará á Vd. sorpresa.

Y le entregó el sello. La fisonomía del banquero expresó una sorpresa indecible; volvió y revolvió el sello, absolutamente como el posadero.

— Perdone Vd., le respondió por fin riendo; me sorprende, por el contrario, mucho; jamás he visto tal giro. *Mens conscia recti*; esto es muy bueno como sentencia, pero muy poco como letra de cambio... El axioma puede tal vez tener curso en la Universidad; Vd. debía haber presentado esto al rector... Por mi parte, yo no sabría que hacer con él en la Bolsa.

Miéntas hablaba, el banquero miraba á Federico, y se reía fuertemente. Esta alegría sedujo al jóven.

— La persona que me ha dado esto, dijo Federico, me ha asegurado que este sello valía como el oro en barras. A fe mía, que si el desconocido me ha engañado, ¡pido á Dios que se lo perdona! Por fin, no me ha hecho mucho mal, y Vd. solo tendría que quejarse, por la molestia que le he causado y el tiempo que le he hecho perder. Dispéñeme Vd.

— La pérdida no es grande, caballero, dijo el banquero con afabilidad. Mas sentiría yo que este negocio lo disgustara á Vd. ¿Quizá ha contado Vd. con ese dinero?

— Sí señor, respondió Federico, se lo confieso á Vd. ingenuamente.

— ¡Bueno! Pues en tal caso, yo creo que todo puede arreglarse. ¿No tengo el honor de hablar al baron de Neuberg?

— Sí señor, respondió Federico, sin saber cual era el objeto de esa pregunta.

— ¡Bien! yo celebraría, señor baron, que esta circunstancia nos permitiese entablar relaciones de negocios que podrían sernos á los dos muy útiles y agradables. Su nombre de Vd. es suficiente garantía. Por otra parte, la cantidad es insignificante... y no vacilo en dar á Vd. los 300 florines.

Federico no respondió nada. El banquero abrió la caja, y le entregó los 300 florines con mucha urbanidad; despues lo condujo hasta la puerta de su despacho, y lo saludó amablemente.

Una vez en la calle, Federico andaba como un hombre que acaba de despertarse. Dos ó tres veces se detuvo á tocar y contar el dinero, á fin de asegurarse que no era víctima de una ilusion. No podía dejar de pensar en las preocupaciones populares que transforman en hojas de encino las monedas obtenidas por medio de la magia.

— Yo podría explicar esta aventura, murmuraba andando, si el posadero y el banquero hubieran aceptado inmediatamente mis sellos. El desconocido tendría cuenta abierta con ellos, y los geroglíficos serían un signo convencional; en lugar de un mago, sería un ente original. ¡Pero no! me reciben con sorpresa, el uno va á enfadarse, el otro se rie.... despues todo cambia; su genio se dulcifica; sufren un influjo invisible, y me dan alegremente lo que les pido; ¡es increíble!

Él habia precipitado su marcha bajo el impulso de estas reflexiones, y se encontró á la puerta de su posada. Entonces pensó en el mas precioso de los tres talismanes, en el que debía abrirle la casa del conde de Rosenheim. Le convenia presentarse con un exterior que previniese en favor suyo. Ahora ya era rico. Se fué á casa de un sastre de fama, y se hizo vestir con elegante sencillez y gusto. Contemplóse con su nuevo traje, y se pareció bien. No pudiendo dominar su impaciencia, cogió la preciosa medalla, se la metió en el bolsillo del chaleco, y se dirigió al palacio del conde.

Su corazón latió con violencia al ver la puerta. ¿Qué era lo que iba á hacer? ¿Cómo! ¿tendría fe en el poder oculto de aquella medalla, que no debía siquiera enseñar, y debía exponerse á ser recibido como un intriguante ó un aventurero? ¿Qué dirá si el conde le pregunta se de dónde viene, y qué es lo que quiere? — La resolucion le falta, y no se atreve á traspasar el umbral.

— ¡Vamos pues! se dijo por fin; ¿qué voy á perder? ¿No he triunfado ya dos veces? Y además, ¿qué puede encontrar de malo el conde en este paso? Si el talisman naufraga, yo redoblaré mi audacia de manera que pueda hacerme perdonar mi visita. ¡Adelante! *Audaces fortuna juvat!* Lo que traducido libremente puede significar: « El que no se aventura no pasa la mar. »

Y al concluir esta reflexion, se hizo anunciar en casa del conde de Rosenheim.

(Se continuará.)

La *Gaceta literaria* de Lóndres dice:

« En los jardines zoológicos (*zoological gardens*) del parque del Regente, se ha construido sobre el modelo del Palacio de Cristal, de hierro y cristales, un inmenso vivero, que contiene en sus trasparentes muros muchos

compartimentos que contienen numerosas clases de peces y mariscos. Seis de ellos están ya llenos de animales marítimos, en medio de rocas musgosas, arena fina y dorada, guijarras redondas, todos vivos y nadando en siete toneladas de agua de mar.

» Todos estos peces, en su elemento, se mueven, ejercen las funciones de su economía animal, comen y son comidos. Hay una infinita variedad de formas y colores, y tienen costumbres muy raras. Las verbas y musgos marítimos se conservan muy bien, y sirviendo para purificar el agua, ofrecen en sus ramas flotantes y su espesa copa, un asilo simpático á los pescados. »

## FÁBULA.

### LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos  
 Las indirectas son del padre Cobos;  
 Mas como habrá sin duda quien aprecie  
 Que le declare alguno lo que fueron  
 Las tales indirectas en su especie,  
 Trasládole el informe que me dieron.  
 Parece pues que habia  
 En cierta poblacion de Andalucía  
 Un convento ejemplar, con un prelado,  
 Siervo de Dios perfecto y acabado,  
 Que de ciencia y paciencia era un portento,  
 Por lo cual uno á uno  
 Dió en irle á visitar á su convento,  
 Sin qué ni para qué, tanto importuno,  
 Que siempre andaba el pobre atropellado,  
 Para cumplir las reglas de su estado.  
 Era portero de la casa un lego,  
 Catalan ó gallego,  
 Cobos apellidado,  
 Bartolomé de nombre, alto, robusto,  
 De resuelto genial y un poco adusto.  
 Llamóle el superior y dijo: Mire  
 Si puede hacer por indirecto modo  
 Que esa gente comprenda  
 Que de tanta visita me incomodo.  
 — Yo haré que se retire  
 La tal familia presto,  
 Respondió el motilon. — Sí, ponga enmienda;  
 Pero indirectamente, por supuesto.  
 — Fie, padre, en el tino de Bartolo:  
 Para indirectas, ¡oh! me pinto solo. —  
 Viene al siguiente dia,  
 Madrugando solícito, un molesto.  
 Llama. Tilin, tilin... Ave María. —  
 Bartolo, sin abrir la portería,  
 Dice al madrugador: Hermano, trate  
 De ir á otro manantial que no se agote:  
 Desde hoy ningún *pegote*  
 Prueba de mi prior el chocolate. —  
 Oyendo el hombre la indirecta rara,  
 Volvióse atrás, ardiéndole la cara.  
 Llegó un necio en seguida,  
 Y Cobos dice: Excuse la venida:  
 Miéntas el cargo ejerza de portero,  
 No entra aquí ni *gandul* ni *majadero*. —  
 Despedido el segundo visitante,  
 Cata el número tres. — Coja el portante,  
 Prorumpo el fiero Cobos, á fe mía,  
 No está bien entre monjes un *espía*. —  
 Con una añadidura semejante,  
 Y en tono proferido nada blando,  
 Bartolo á cada cual fué despachando;  
 Y desde entonces al prior bendito  
 No perturbó en su celda ni un mosquito.  
 Contento el padre, y á la par confuso,  
 Al lego preguntó: ¿De qué manera  
 Con aquella familia se compuso  
 Para que así de verle desistiera?  
 — Fué cosa muy sencilla,  
 Mi querido prior, Cobos repuso:  
 Cada quisque llevó su indirectilla,  
 Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.  
 — Cuénteme las discretas expresiones  
 Cuya virtud á la razon los trajó.  
 — Les dije la verdad: « Sois un atajo  
 De tunos, de chismosos y de hambrones. »  
 — ¿A eso llama indirectas, en efecto?  
 — Yo nunca en ellas fui mas circunspecto.  
 — Pues, hermano, mentiras ó verdades,  
 Sus indirectas son atrocidades.

Dijo bien el prior, mas como hay entes  
 En grado escandaloso impertinentes,  
 Échaseles tal vez de buena gana  
 Cualquiera indirectilla cobosiana.

J. E. HARTZENBUSCH.

# LA SAL

CANCION ANDALUZA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

DEDICADA A LA SEÑORA D.<sup>a</sup> CONCEPCION VAZQUEZ

POR EL MAESTRO YRADIER.

CANTO.

PIANO.

*Allegro.* 8va

CANTO.

No tie - ne

sangre en las ve - nas Quien no - se ja - - se pe - a - sos Di - que lan - do a quin - ce pa - sos

Un cuer - - pe - si - - yo an - da - lú Di - que lan do a quin ce pa - sos, Un cuer - - pe - si - - yo an - da -

- - lú. En pa - san - do mi mo - - re - na - - - trom - pie - sa to er que va e tra - - que de - ja la

ca - ye ye - na - de ter - ron - si - los de sa - - - Pu - ña - la! - - - Pu - ña - la! - - - Mia que

vas a trom - pe - sa - - For - tu - ni - - ya ¿a on - de vas - tu? Voy e - tras e - - se an - da - lú.

Voy e - tras e - - - se an - da - lú, Por que me guio res - ba - la. Voy e - tras e - - - se an - da -

- lú Por - que me guio res - ba - - - lá. Ay Je - sù, pu - ña - lá!

Procedés de Tantenstein et Cordel, 32, rue de la Harpe.

2.

Se jase la boca armibar  
 Cuando el pinrré se diquela  
 Y echan los ojos candela  
 Si es mas arriba ¡churru!  
 Ay Jesu! etc.

5.

Arrímate a mi presona  
 Que vale mas, arma mia.  
 La Sar de la Andalusia  
 Que las minas de Perú.  
 Ay Jesu! etc.

**Roberto de Bris.**

Los señores que llevaron este nombre fueron en otro tiempo poderosos barones, que mas de una vez atacaron el poderío de los reyes de Francia, hasta tal punto, que Luis el Gordo se vió obligado á contar con su alianza.

El dominio de Bris, tal cual hoy se ve, se halla cercado de murallas, y antiguamente tenia cuatro puertas, dos al Norte y dos al Sur, defendidas por otras tantas torres, de las cuales existian dos hace pocos años, una en la puerta de Chartres, y otra en la de Paris, aunque ya han desaparecido del todo, para dejar sitio á otras construcciones mas en armonía con las costumbres actuales. Los muros que formaban el cerco estaban flanqueados de torrecillas, y aun hoy día permanecen algunas en pie hacia la parte del Norte. Aquel dominio era, por consiguiente, una verdadera plaza de armas, cuya proteccion alcanzaba á todos los vasallos del señor feudal.

Se ignora la época de la fundacion del señorío de Bris. Dícese en un manuscrito de la Biblioteca real que Pepino el Breve, algun tiempo antes de su muerte, acaecida en 768, donó el dominio á la abadía de San Dionisio. D. Felibiano, en su *Historia de San Dionisio*, dice que el señorío estaba situado en un extremo del bosque de Iveline. En fin, sea cual fuere su origen, la importancia del dominio feudal no ha sufrido grandes cambios, pues á excepcion de algunas casas nuevamente construidas, continúa en sus antiguos límites, y su poblacion no ha variado tal vez de cincuenta habitantes desde la época de las cruzadas.

En el siglo XIII, bajo el reinado de San Luis, la castellanía de Bris, que habia cesado de pertenecer á los monges de San Dionisio hacia ya doscientos años, era propiedad de Juan de Bris, caballero afamado por su bravura en la última cruzada, en la que siguió las banderas de Luis IX. Este le habia concedido en recompensa muchísimos privilegios. Su esposa, Jaqueline de Trie, no era ménos célebre que él, aunque por distinto estilo, pues su piedad, su dulzura y su beneficencia la hacian el ídolo de cuantos vivian á su lado. Durante la ausencia de su marido en Palestina fundó, hacia el norte de su señorío una iglesia bajo la advocacion de la Santa Cruz.

Juan de Bris, desde su regreso á la Tierra Santa, vivia tranquilamente en su castillo feudal, con su virtuosa mujer y su hijo Roberto, que revelaba ser un digno heredero del valor de su padre y de la piedad de su madre. A su lado crecia tambien la jóven Margarita de Trie, sobrina de Jaqueline: habia perdido á su madre al nacer, y su padre habia muerto en la batalla de Masoure. Excusado nos parece asegurar que, alentada con el ejemplo de su tia, la jóven de Trie aventajaba en virtud tanto ó mas que en los labores de su sexo.

Ambos jóvenes se amaban con consentimiento de los padres de Roberto, y este saboreaba la dicha de ser muy pronto esposo de su amable prima; Margarita, por su parte, bordaba esmeradamente el traje que su prometido debía vestir el día de la boda.

Eran pues felices los dos amantes; pero nunca el cielo se muestra tan puro, que no llegue á oscurecer alguna nube su diáfana claridad.

Una noche vió en sueños Margarita un ángel vestido de blanco junto á su almohada; el mensajero celeste la dijo que era la voluntad de la Virgen no tomarse por esposo á un hombre que no hubiera visitado los Santos Lugares y orado por espacio de nueve días sobre el sepulcro de Jesucristo. Margarita se despierta sobresaltada, mira en torno suyo, pero nada ve; el ángel habia desaparecido llevándose sus alegrías, porque Roberto no habia estado en Jerusalem: era muy jóven para acompañar á su padre en la última cruzada; y si por ella llegaba á emprender aquel viaje, ¡á cuántos peligros no se vería expuesto! Regó su lecho de amargas lágrimas, y al amanecer se dirigió á la iglesia parroquial para arrojarle á los pies de la Santísima Virgen, y rogarle que no exigiese tan grande sacrificio.

Al volver al castillo encontró á Roberto que la esperaba con impaciencia.

— Buenos días, prima, la dijo. ¿De dónde vuelves tan de mañana? Te he buscado por todas partes, pero... ¿qué pálida te veo!... ¿Estás enferma?

— No, primo mio, contestó la jóven; no estoy mala, pero no he podido descansar esta noche.

— Pero has llorado. ¡Ah, prima! Tú padeces y me ocultas tus penas..... ¿Qué es lo que te hace derramar lágrimas? ¿Las causo yo, cuando daria toda la sangre de mis venas por verte alegre y contenta?

— ¡Ah! Eres injusto, Roberto; nada me has hecho, y yo soy dichosa: una pesadilla ha turbado mi sueño por algunos instantes: pero no pensemos en ella.

Roberto no insistió; pero aunque puso el mayor empeño en tranquilizar á su amada, no pudo conseguirlo. Margarita, sin embargo, hacia increíbles esfuerzos para corresponder á sus cuidados; pero las palabras del ángel se presentaban á cada instante á su imaginacion, y no podia creer que aquella vision fuese un sueño.

Trascurrieron así muchos días, y los vivos colores que ántes brillaban en el rostro de la triste Margarita habian desaparecido enteramente; al rededor de sus ojos se notaba un círculo negro, y apenas entreabria sus pálidos labios una plácida sonrisa. Roberto estaba desesperado, pues conocia que su prima ocultaba alguna pena que no queria confiarle. Por fin, cierto día en que la estrechó mas á que depositara en su pecho la causa de su dolor, supo la verdad, y se sintió aliviado, como si le quitaran de encima un enorme peso.

— ¡Oh, Roberto! exclamó la jóven, no debia yo haberte confiado mi secreto.

— ¡Y qué! contestó su primo, ¿no es mas que eso? Iré á Jerusalem, ya que así lo quiere la Virgen Nuestra Señora, y volveré para ser tu esposo y no separarme de tí.

— Eres noble y valiente, pero ese viaje tan largo.... ¿Cuántos riesgos! ¿Y quién me asegura que volveré á verte? Este pensamiento es horrible. ¡Ah, si pudiera acompañarte!

— Nada temas, prima mia: haré ofrendas en todas las iglesias de los pueblos por donde pase, y tú rogarás aquí á la Virgen Santísima, que quiere hacerme digno de tí; ella velará por mis días, y con su proteccion y con tu cariño arrostraré felizmente todos los peligros.

Al punto fué á verse con sus padres, y les enteró de la causa de la tristeza de Margarita y de la resolucion que habia tomado, resolucio que alhagaba al bravo Juan de Bris en su amor propio de caballero, pues crecia su noble orgullo al considerar que su hijo no vacilaba al tratarse de emprender un viaje que presentaba tantas dificultades. Tampoco se opuso á él la virtuosa Jaqueline, aunque temia por la vida de su hijo; pero habia educado á Margarita, á la que amaba tiernamente, habia prometido á su moribunda madre hacerla feliz, y deseaba con todo su corazon casarla con Roberto.

Dispúsose en pocos días todo lo necesario para el viaje, y el anciano caballero hizo que acompañasen á su hijo dos de sus mas fieles escuderos, que le habian seguido á Palestina, y que por lo mismo eran ya prácticos en los caminos.

Llegado el instante de la marcha, se celebró en la iglesia parroquial, para implorar la proteccion del Todopoderoso, una misa á la cual asistieron todos los moradores del castillo y todos los vasallos del señor de Bris. Margarita invocó particularmente á la Virgen, en la que tenia una confianza ilimitada, y concluidos los oficios se puso Roberto en marcha, ofreciendo á su hermosa prometida volver pronto para ser su esposo afortunado.

Durante su ausencia, Margarita y su noble tia iban diariamente á la iglesia á pedir á la Virgen que conservase los días del amado objeto de su cariño y de sus recuerdos.

Trasurre, sin embargo, mas de un año sin que se recibiera noticia alguna de Roberto; el temor empieza á apoderarse de sus corazones; su madre y su prima se entregan á la desesperacion, y el anciano Juan de Bris no puede ménos de confesar que su hijo estaria ya de vuelta, á no haberle detenido algun obstáculo imprevisible. Pide informes á todos los caballeros de la cruzada, que habian estado cautivos y que rescatados por sus deudos, ó fugados, volvian á sus hogares; pero ninguno de ellos le habia visto, ninguno podia darle la menor noticia acerca de su paradero.

La esperanza no se habia extinguido en el fondo de los corazones, porque el pedazo de torta que se habia separado para él el día de los Santos Reyes, se conservaba perfectamente; prueba irrecusable de que Roberto seguia en completa salud. Tal vez los vientos lo habian separado de su ruta, lo cual ocasionaria un retardo mas ó ménos largo; pero tambien podia hallarse en poder de los sarracenos y sirviendo como esclavo á algun jefe mameluco ó á algun sultán. Estas ideas ocupaban sin descanso el corazon de la tierna Margarita, abrumándolo de dolor y de tristeza. Algunas veces llegaba tambien á temer que su primo la hubiese olvidado por alguna bella egipcia, y entónces consultaba á la flor, cuyo nombre llevaba, y sus pétalos parecia que la contestaban: *te ama*. Tranquila por este lado, se apresuraba á examinar el pedazo de torta. Cierta día creyó notar en ella unas manchitas azules. ¡Está enfermo! exclamó, y cayó en seguida al suelo sin conocimiento. Acudieron al ruido, y costo mucho trabajo volverla á la vida.

Una noche se hallaban todos reunidos en el salon del piso bajo del castillo: el tiempo era frio, y la nieve azotada por el viento se estrellaba contra las ventanas del edificio. Margarita trabajaba en un tapiz y lo humedecía con sus lágrimas; su tia leia un capítulo de la Biblia, y el viejo castellano procuraba desechar la inquietud que le acometia: las criadas se ocupaban en hilar. Tres golpes aplicados con fuerza á la puerta del castillo hicieron palpitar todos los corazones. Juan de Bris se levantó, se pasó la mano por la frente, como para borrar las arrugas que el dolor imprimia en ella, y dijo:

— Buena acogida al viajero. Pocos instantes despues entró en el salon un peregrino; tenia el ropaje hecho girones y unas suelas sujetas con correas preservaban las plantas de sus pies mas bien de los guijarros, que de la humedad y del frio. Adelantóse lentamente, y al sentarse en la silla que Margarita le ofrecia, exclamó esta:

— ¡Cielos, mi primo!

— ¡Roberto, Roberto! gritaron todos á un mismo tiempo.

— Sí, yo soy, mis amados padres; yo soy, hermosa prima mia.

— Pero... ese traje... observó el anciano guerrero. ¿Dónde están los valientes escuderos que te acompañaban?

— Mis aventuras serian largas de referir; por hoy os diré únicamente lo que mas puede interesaros. Salimos de Aguasmuertas con un tiempo hermosísimo, que nos presagiaba una travesía feliz; pero al cuarto día se levantó una horrible tempestad, el cielo se puso de color de fuego, y el mar amenazaba tragarnos á cada

instante. Creíamos hallarnos en nuestra última hora, cuando una ola mas grande que las precedentes se estrelló contra el buque, y le hizo chocar en una roca. Un crujido espantoso heló nuestros corazones, y el buque se abrió en dos pedazos. Era preciso resignarnos á morir, porque ninguna esperanza de salvacion se nos presentaba, y los gritos desesperados de la tripulacion se mezclaban á los bramidos del mar. En aquel momento supremo no desesperé de la misericordia de Dios; le dirigí una súplica fervorosa, é hice voto, si me salvaba, de emprender á pié y con hábito de peregrino el viaje á la Tierra Santa. El buque se hundia, y una ola me arrojó al mar, haciéndome al mismo tiempo perder el sentido. Cuando abrí los ojos, me encontré solo y tendido en una playa, que me era de todo punto desconocida: todos mis compañeros quedaron sepultados en el mar. Algunos aldeanos que acudieron á la playa para apoderarse de los despojos que el furioso elemento vomitaba, me dijeron que me hallaba en la costa de Sicilia. Dí gracias á Dios, porque habia atendido á mis ruegos, endosé el ropón de peregrino, y me puse en marcha para cumplir mi voto. He estado en Jerusalem, he visitado los Santos Lugares, he orado nueve días sobre el sepulcro de Jesucristo, y héme aquí sano y salvo por un milagro de la misericordia de Dios.

Todos escucharon en silencio esta patética relacion, y cuando acabó de hablar Roberto, se arrodillaron para dar gracias á Dios por la visible proteccion que habia concedido al piadoso heredero de Bris.

Ocho días despues condujo este al altar á su amada prima, y los vasallos de su anciano padre festejaron tan dichosa union con grandes fogatas, cacerías y bailes campestres.

**Un artículo para un sombrero.**

¿Habeis experimentado alguna vez ese estado de disgusto que nace de llevar un mal sombrero colocado sobre vuestra cabeza?

La fisonomía mas agraciada y expresiva toma un tinte sombrío y antipático bajo la sombra de sus mugrientas alas, y el mal efecto que producís se retrata visiblemente en los semblantes de vuestros amigos. Si llevais un mal sombrero, recibiréis saludos frios, miradas compasivas ó burlonas, y vuestra mano no será estrechada con esa grata efusion que tanto lisonjea el amor propio. Si llevais un mal sombrero, no podréis pasearos bajo los balcones de vuestra linda dama, ni podréis tener la dicha de acompañarla en paseo, sin exponeros á perder de un solo golpe las tres cuartas partes de su amor. Sus bellos ojos en vez de posarse en los vuestros con languidez y abandono, se fijarán con cierta expresion de disgusto sobre vuestro sombrero fatal, y en vano con las agudezas y chistes de vuestro ingenio procuraréis alejar el mal efecto que necesariamente habréis de causarle: su mirada tenaz se dirigirá constantemente sobre vuestra cabeza, y progresivamente se aumentará su disgusto hasta encontraros ridículo. Si la pedis una cita para el día siguiente, os la negará. Si os incomodais, y tratais de reconvenirla por su frialdad, os hallará importuno, porque en su concepto el hombre que lleva un mal sombrero, no tiene derecho al amor de una mujer. Superficialidad indigna, gritaréis; ¿pues qué, el amor, ese sentimiento noble y elevado que hace latir al corazon de pura felicidad, se enfriará por tan insignificante pequenez? Probad, y veréis que á pesar de todas vuestras brillantes teorías sucede así.

Las mujeres tienen mucho mas desarrollado que nosotros el instinto de lo bello, y no pueden ver sin un sentimiento muy marcado de repugnancia, que adornéis indignamente la parte mas noble de vuestro cuerpo. La grasa de vuestros cabellos, que se filtra ya por entre el castor, no tiene nada de agradable ni de poético, y es para vuestra adorada de un efecto repugnante. No anatematicemos la superficialidad del sexo bello. Nosotros tambien nos dejamos llevar con frecuencia de esas que los filósofos llaman pequenezes, y hemos apropiado á ese adorno del género masculino nombres que expresan el disgusto que nos causa cuando se nos presenta en ese grado lastimoso de deterioro.

Cuando las lluvias y el tiempo han hecho perder á un sombrero su forma primitiva, le llamamos *canoá*, sin duda por la analogía que presenta con una embarcacion de remo, que con este nombre usan los indios, la cual está hecha ordinariamente de una pieza en figura de artesa.

Cuando un sombrero es de proporciones grandes y exageradas, le llamamos *baul*, lo cual es una prueba evidente y palpable del disgusto que su vista nos causa.

El sombrero es quizá la prenda de nuestro traje que mas claramente revela el carácter de un sugeto. El forma parte de nuestra fisonomía, y la posición que le hacemos tomar al colocarle sobre nuestra cabeza, patentiza nuestros instintos.

Los calaveras, los estudiantes y la mayor parte de los *pollos*, le inclinan algo á la derecha, trayéndole sobre la ceja, lo cual les da cierto aspecto de seductores y un si es no es de libertinos, que agrada mucho á las mujeres.

Los jugadores y los matones le inclinan en línea recta bajándose hasta las cejas, de manera que el brillo sombrío de sus miradas aparezca mas siniestro entre la

sombra del ala. Esto tambien suele agradar mucho á las mujeres.

Los pintores, los músicos y los poetas le hacen tomar con frecuencia distintas posiciones, obedeciendo á la movilidad de sus pensamientos. Para estos individuos, es el sombrero lo que el abanico para las coquetas.

Los políticos procuran hacerle conservar una posición vertical, sin duda para indicar la rigidez de sus principios: y por último, muchos *predestinados* le inclinan hácia atrás, complaciéndose en ostentar su frente, libre de toda presión importuna, para que sus amables mujeres lean en ella los signos infalibles de su excesiva macedumbre.

Si alimentáramos dudas sobre lo eficazmente que contribuye la figura del sombrero á realzar ó disminuir la dignidad del hombre, se desvanecerían completamente concurriendo á los teatros. ¿Quién, que haya frecuentado esos sitios, no ha visto el efecto prodigioso que produce un sombrero extravagante? La mayor parte de nuestros graciosos de teatro apelan al recurso de los sombreros raros para obtener éxito, y casi todos suplen ventajosamente lo que les falta de arte y de gracia, con lo que les sobra de sombrero. Y no se crea que son ellos los que los mandan fabricar, eso sería hacer mucho honor á su escaso ingenio: lo que hacen es comprarles, trasladándoles del mundo real al ficticio. Atestiguan esta verdad esas caricaturas ambulantes que cruzan continuamente por delante de nosotros.

El humilde artesano, que al casarse compró un sombrero que solo se pone los domingos para ir á misa, necesita muchos años para gastarle, y como le compró en los días dichosos de su juventud, le lleva con cariño: pero los trabajos y la edad han consumido su cuerpo, y su semblante enlaquecido, oculto bajo sus enormes alas, es la irrisión de las gentes.

Ese otro que cubre la calva de un viejo cesante, y al que la intemperie y los vientos han hecho tomar un color semejante al de las alas de mosca, se ostentaba hace treinta años sobre la elegante cabeza de su dueño, cuando este, perfumado y alegre, iba á pasar las horas de trabajo, fumando un puro recostado en su sillón en las oficinas del ministerio.

La moda caprichosa hace continuamente tomar tantas formas á esos adornos de cartón, que tienen que estarse renovando continuamente, si no quiere uno aparecer ridículo á los ojos de la sociedad. El que galantea á las damas tiene por necesidad que favorece la industria sombrerera, porque la galantería nos obliga á descubrir la cabeza, y con cada saludo padece horriblemente nuestro sombrero. Ciertamente es que un saludo hecho con gracia y desenfado puede valer una brillante conquista. Cierta actriz, muy celebrada por su belleza, hablándome un día del ministro N..., me dijo: «No puede Vd. figurarse con cuanta finura se me quitó el sombrero.» Luego despues he sabido que aquel saludo había costado al ministro mas de cinco mil duros, y he comprendido perfectamente todo el encanto que en él encontraría la actriz.

Cuentan que antiguamente el respeto descubría nuestras cabezas, pero la moda ha suprimido esta costumbre. ¿Será tal vez por economía? En la actualidad, la adulación nos hace estar siempre con el sombrero en la mano, y yo conozco á varios que con romper dos ó tres sombreros al año, medran. Los saludos de un sombrero viejo y mugriento no producen, ni con mucho, los efectos que los de un sombrero lustroso y elegante.

Convencidos ya de la mala impresión que produce un mal sombrero en la sociedad, hablemos algo del influjo que ejerce sobre el desgraciado que tiene la dolorosa precisión de llevarlo. Si este no es un filósofo, que ha aprendido á despreciar las pequeñeces y miserias humanas, empezará por sentir siempre que se le ponga cierto disgusto, mezclado con ese despecho interior que nos aqueja cuando somos contrariados en el amor propio.

Al ponerse delante de su espejo, se encontrará ridículo, y á no ser por una precisión indispensable, no saldrá de casa. Esta soledad engendrará poco á poco en él ese humor atrabiliario que tan profundamente se apodera de ciertas organizaciones. Si hace un esfuerzo supremo, y se le pone y sale á la calle, creará que todas las miradas se fijan en él, se hará tímido, receloso, urañ. Evitará por todos los medios posibles el encuentro de sus amigos, porque se le figurará que estos van á aventurar alguna chanza, ó, lo que es peor, que van á notar en sus ojos esa fría complacencia, que hiere mas que un puñal. Si sale á paseo, lo hará solo y por sitios retirados. Cada vez los malos vapores de su cabeza, reconcentrados mas intensamente en el interior de su sombrero, formarán una atmósfera mas funesta, y el grásiento fieltro en vez de ser un adorno, se convertirá en un filtro fatal que le conducirá á pasos agigantados á esa terrible y casi mortal enfermedad que se llama hipocondría. Envejecerá rápidamente. Todo lo verá por un prisma siniestro: no cuidará de afeitarse la barba, ni de cortarse el cabello, y en vez de frecuentar los paseos, los cafés, los conciertos y los teatros, vagará como un fantasma al rededor de los cementerios, porque un sombrero mugriento no puede inspirar mas que ideas sombrías.

Sabido es que la mayor parte de aquel tropel de poetas noelendos y flacos, que impulsados por el demonio de la poesía, se esparramaron por toda la Península, vomitando versos en los que se santificaba el suicidio y el asesinato, — aludimos á la época del romanticismo, — llevaban malísimos sombreros. Esto necesariamente debía de inspirarles ideas siniestras, y de ahí aquellas sangrientas concepciones de venenos y puñales á la luz de una luna opaca y amarillenta.

Hoy, que nuestro ilustrado gobierno les ha tendido una mano bienhechora, hoy que gracias á esa protección, ostentan en los paseos y cafés magníficos sombreros, se inspiran con la bulliciosa y alegre zarzuela, y elevan la literatura española á un grado de esplendor desconocido. Y en vista de estas metamorfosis del pensamiento humano, ¿habrá todavía quien se atreva á negar la poderosa influencia que ejerce en nosotros el estado de nuestro sombrero?

Yo, por mi parte, encuentro muy lógica esta influencia.

Un buen sombrero nos hace aborrecer la soledad, y nos conduce alegremente hácia el elegante paseo de París: nos incita á recorrer todas las noches cuatro ó cinco cafés, é igual número de teatros: nos hace buscar la luz, asemejándonos á las mariposas: en una palabra, nos hace mas sociables. ¿Quién no se siente rejuvenecido al salir de la elegante y acreditada sombrerería de Aimable?

Ahora bien, carísimos lectores: ¿queréis saber el objeto con que escribo yo el presente artículo? Pues lo hago solamente con el de convertir en sombrero.

JUAN DE LA ROSA.

### Viaje geológico á Wisconsin, Sowa y Minesota.

En el *Atheneum* leemos la narración de un viaje interesante, emprendido en virtud de orden del gobierno de los Estados-Unidos, por geólogos y naturalistas. Esta expedición solo ha explorado tres estados del Nuevo-Mundo, pero se debe tener presente que estos tres Estados son dos veces y media mas grandes que Inglaterra. Este país está casi enteramente desierto, y ha sido visitado para buscar medios de establecer allí colonias. Los atrevidos viajeros han tenido que atravesar inmensas selvas, pantanos profundos; ellos han seguido en barcas ligeras, centenares de millas por la corriente de ríos desconocidos á los blancos; ellos han recorrido un espacio de 750 millas de longitud, y 350 de latitud, del 38° al 49° de latitud, y del 89° 30' de longitud, al 96° 30'; desde el origen del alto Missisipi hasta su union con el Misuri, el río Rojo y los bordes del lago Superior.

Este país contiene 491 ríos, los cuales fueron todos visitados. Las formaciones geológicas, desde el granito hasta el carbon, son la piedra arenisca, las calcáreas, y por fin el carbon. Además de las investigaciones geológicas, la expedición se ocupó de botánica y zoología, hizo experimentos con el termómetro y el barómetro; en el fondo del Missisipi se encontraron muchos fósiles.

Vamos á dar unos extractos del diario de viaje de los geólogos.

«En este país no se tienen que temer los ataques de los hombres, exceptuando una banda de indios que hallamos pescando á orillas del río Rojo, y que para interrumpir nuestro viaje nos contaron el estado de guerra y agitación del país de los Sioux, no vimos criatura humana desde el lago de Otter-Tail hasta el Pembina, un poco mas de 500 millas. No vimos en aquellas praderas extensas, entrecortadas por bosques, ningun viviente, excepto lobos grandes amarillentos y dantas.

» Los búfalos deben sin duda hacer excursiones á aquellas llanuras, porque reconocimos sus huellas, y hallamos esqueletos suyos. Corrimos grandes peligros en los lagos y ríos, cuya navegación es muy peligrosa á causa de las corrientes. Tomando todas las precauciones posibles, fuimos bastante felices para vencerlas, pero una vez sufrimos un accidente que pudo costarnos caro. Al tomar una vuelta del río Rojo, unas 60 millas mas abajo del lago Otter Tail, nuestras canoas cayeron en corrientes rápidas que las llevaron á las rocas en medio de la espuma bulliciosa. No habia mucho fondo, nuestros hombres saltaron fuera, y á pesar de lo difícil que era tenerse en pié, lograron detener la marcha de las canoas, y traerlas á unas 60 varas de las rocas á un punto mas tranquilo.

Habiéndose vuelto á embarcar en seguida, pudieron alejar las barcas de aquella playa insegura, no sin algunas averías, porque una de ellas hizo agua, y muchas provisiones nuestras se echaron á perder.

A pesar de esta pérdida, nos contemplamos muy dichosos viéndonos libres de aquel peligro. Poco despues llegamos á un punto donde se necesita continuamente sacar las canoas á tierra, y llevarlas en hombros al otro lado de las caídas de agua. Esto nos sucedió mas de cien veces en un corto espacio de tiempo, sobre todo, cerca de los establecimientos ingleses, á la desembocadura del Assimboin, y del fuerte Guillermo: muchas veces un falso movimiento de la mitad de longitud de la canoa, basta para ser arrebatado y correr los mayores peligros.

La expedición llegó á los establecimientos ingleses donde fué acogida muy hospitalariamente por los oficiales ingleses de la compañía de la bahía de Hudson.

Durante nuestra permanencia en este punto fuimos á ver un pequeño establecimiento compuesto de 500 casas indias, cerca de la bahía del Príncipe Ruperto. Esta tribu es muy civilizada, los indios viven con el producto de sus granjas y el trabajo de sus manos; sus habitaciones son cuadradas, cómodas, construidas y arregladas por ellos; poseen algunos instrumentos aratorios, y saben algo de agricultura. Cada familia cultiva cerca de un décimo de acre de terreno, cuida de las bestias, las cria y se encarga del transporte de las merca-

derías desde las fábricas hasta las factorías de la bahía de Hudson. Los progresos de la civilización de estos salvajes son debidos á la constante actividad y celo cristiano de M. Smith-hurts, misionero, que conocia á fondo su lengua. El mismo se ocupa tambien de agricultura y horticultura; habita una preciosa casita rodeada de flores y frutos. Los indios que tienen á la vista este buen ejemplo del trabajo de la vida civilizada, han comprendido que aquellos recursos eran mas positivos que los de la caza, y han seguido el ejemplo de este digno misionero, sin atender á las chanzonetas de los chippewas que los trataban de mujercillas y seres degenerados. «¡Aguardad el invierno, les decian, y cuando esteis necesitados, vendréis á que os demos algunas patatas ó legumbres!»

Mas adelante hallamos los detalles siguientes sobre el lago Superior, su dulce clima, y el paisaje que lo rodea:

«El lago Superior se parece á un Océano, y tiene su grandiosidad. Cuando está tranquilo, las aguas son azules, y reflejan las orillas conservándoles exactamente sus formas y colores; pero cuando la tempestad se levanta, las olas son enormes, una espuma blanquecina bulle en la superficie, y no solo los pequeños barcos, sino los sloop, los schooners y los mismos buques de vapor se ven obligados á refugiarse en los puertos, y á buscar el mas seguro, que es el de la isla Madelina. La punta sería el mejor sitio para fundar una ciudad; el terreno es bueno, propio para el cultivo; sería fácil construir allí un puerto excelente, y es la parte que tiene mas pescado en el lago.»

Los que quieren emprender este viaje tienen que soportar privaciones y fatigas ásperas; durante días enteros, es preciso marchar por verbas espesas que se extienden hasta perderse de vista, cubriendo los arroyos y aun los ríos pequeños; á veces hay que atravesar á nado corrientes rápidas, con un sol ardiente en la cabeza, sin un árbol ni una mata donde hallar un poco de sombra; ¡feliz el que puede por la tarde acogerse á algunos grupos de árboles para hacer lumbre y preparar su alimento! Una roca de vez en cuando, algunos bisontes que se ven de lejos al cabo de muchos días de marcha; esas son las distracciones que puede prometerse el viajero.

Las observaciones sobre el Missouri y las Malas Tierras (Bad-Lands) visitadas por la vez primera por M. Evans, jefe de esta expedición, son muy interesantes.

«Desde lo alto de las colinas próximas á las montañas de roca, se ve un espacioso valle de singular aspecto, que parece un mundo en miniatura. Este valle, formado probablemente por inmensas mutaciones de agua, tiene unas treinta millas de ancho y noventa de largo; al Oeste se extiende hasta las bases de las sombrías y severas montañas llamadas Negras. Está 300 piés mas bajo que todo el país que lo circunda; el terreno está cubierto de yerbas semejantes á aquellas de que hemos hablado antes. El aspecto de las Malas Tierras es sorprendente. El viajero pierde repentinamente los inmensos prados, y baja á un valle que ofrece á la vista rocas enormes en forma de columnas, torres, pirámides de 200 á 300 piés de elevación; recorre calles, callejuelas y encrucijadas, formadas por estas masas colosales que tienen formas arquitectónicas, tales como arcos, cimbras, capiteles, etc., etc. Se cree ver la ciudad de los muertos, y examinando detenidamente, ¡qué horrible desolación! El geólogo se halla bien recompensado de las penas que ha sufrido, y privaciones que ha soportado; á cada paso encuentra tesoros para la ciencia; fósiles desconocidos, procedentes del origen del mundo, mas antiguos que los de los mammouths y mastodontes, participando á la vez de las familias de los pachydermes, plantigrados y digitigrados. El doctor Leidy halló un fósil de esta especie, al cual le puso el nombre de *archioterpium*, con dientes molares, como los del peccary y el babyrussa, caninos como los osos, el cráneo, los huesos de la cara y las cuencas de las sienas como los gatos. Leidy habla tambien de otro fósil que llama *oreodon*, con molares como los gamos, caninos como los omnívoros, pertenecientes á una raza que se mantiene de viandas y legumbres.»

M. Evans encontró muchos restos de *testudinata* (tortugas): formó una colección, las dibujó y las publicó grabadas. Sus trabajos son tan importantes como los de Cuvier en Francia, Buckland en Kirkdale, y Falconer en las montañas de Sevalik en las Indias.

El gobierno de los Estados Unidos ha obtenido un éxito feliz en el objeto que se habia propuesto enviando esta expedición á las órdenes de M. Evans, que por su valor, habilidad y experiencia, secundados por sus animosos compañeros, ha logrado dar interesantes y completas noticias científicas de los países desconocidos hasta entonces de Wisconsin, Iowa y Minesota.

### Nueva estrella.

En el Observatorio de Nápoles ha descubierto De Gasparis últimamente en la constelación del Leon una estrella del grandor número 42, que en la noche siguiente y en vista de lo que en el entre tanto habia adelantado, reconoció ser un nuevo planeta. Este descubrimiento es debido á la circunstancia de que De Gasparis habia notado en el mes de abril de 1851 una estrella del grandor número 42 muy cerca del sitio del nuevamente descubierto planeta, pero la que despues desapareció, por cuya razón reconoció con la mayor atención las estrellas inmediatas. Aun no se le ha puesto nombre alguno.

**El sepulcro de la Virgen en Jerusalem.**

Hacia la parte oriental de Jerusalem, á poca distancia del lugar donde el templo de Salomon cedió el puesto á la mezquita de Omar, el viajero sale de la ciudad por una puerta de grandes proporciones, y allí cerca se pasea lentamente el centinela musulman que guarda bajo la oscura bóveda la entrada de la ciudad santa.

Esta puerta es la de *Sidi Mariam*, — la Señora María — la Santa Mujer — como la llamaron los sectarios del profeta, que tienen en mucha veneracion este nombre sagrado.

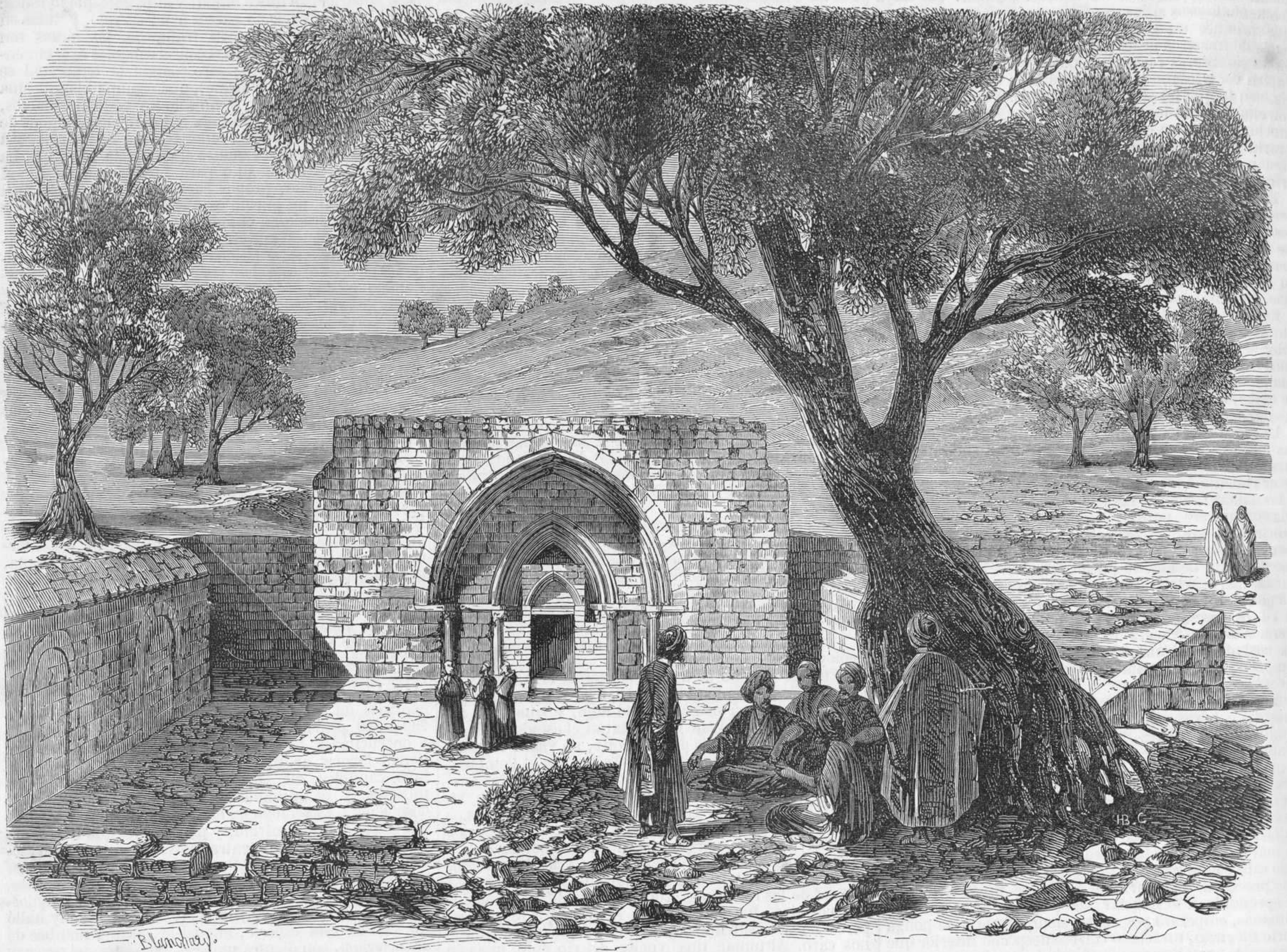
Desde ese punto se distingue en frente el monte de las Olivas, dominado por el minarete y la cúpula que cubre el sitio en que Jesucristo se mostró por últi-

ma vez á sus discípulos; á la derecha está el valle de Josafat, entre la escarpada colina donde se halla edificada Jerusalem y el monte de las Olivas; el del Escándalo, *mons ofensionis*, se pierde serpenteando en el horizonte; á la izquierda, el camino conduce á los sepulcros de los antiguos reyes de la Judea.

A la entrada del valle de Josafat, casi en el mismo sitio en que nace el Cedron, cuyo manantial está seco la mayor parte del año, se halla el sepulcro de la Virgen, al que se llega por un camino escarpado, con muchas vueltas, bajando por la colina, cuando se sale por la puerta de *Sidi Mariam*. Algunos olivos, cuyas copas pedradas atestiguan su remota antigüedad, oponen su tris-

te verdura sobre el terreno árido y pedregoso de aquel país desolado; á algunos pasos del monumento, el huerto de Getsemaní, encerrado en un muro de piedras secas, guarda en su estrecho recinto la gruta en donde el Salvador derramó un sudor de sangre, suplicando á su Padre que alejase de él, si era posible, el cáliz de amargura: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste*. A uno de los lados de este cercado está el camino por donde se sube al monte de las Olivas, que forma la continuacion del que se sigue, viniendo de Jerusalem.

La fecha del monumento que encierra el sitio donde reposó la Virgen, está escrita á los ojos del anticuario, en la forma de su bóveda. La iglesia del Santo Sepul-



cro, la que se halla en el terraplen de la mezquita de Omar, y tantos otros restos venerandos como se hallan aun en Palestina, son del mismo tiempo del sepulcro de María, que consiste en una capilla, ó por mejor decir, una pequeña iglesia construida en una hondonada y revestida de sólidas piedras, á la que se baja por algunos escalones; hacia el Norte descansa sobre la roca, sobrepajando apenas su altura. La puerta del Sur es el mismo punto por donde puede entrar la luz en el monumento.

El sepulcro de la Santísima Virgen se halla bajo la guarda especial de los religiosos latinos de la Tierra Santa; pero todas las comuniones cristianas han establecido altares en esta iglesia venerada; hasta los mu-

sulmanes poseen en ella un oratorio, y por cierto forma un raro contraste el ver allí las religiones mas opuestas confundiendo juntas su culto á la santidad y á la virtud de María.

He aquí lo que dice Chateaubriand, ese guia tan fiel de la Tierra Santa al hablar de este lugar sagrado:

« Entramos primeramente en el sepulcro de la Virgen; es una iglesia subterránea á donde se baja por algunas gradas, dividida entre todas las sectas cristianas: hasta los turcos tienen un oratorio en ese lugar; los católicos poseen la tumba de María. Aunque la Virgen no muriese en Jerusalem, pues, segun la opinion de muchos Padres, fué milagrosamente enterrada en Getsemaní por los Apóstoles; Euthymio cuenta la historia de estos

maravillosos funerales. Habiendo hecho abrir el féretro, Santo Tomás, no halló en él mas que una simple túnica virginal, vestido sencillo y pobre de esta Reina de gloria, que los ángeles se habian llevado al cielo. Tambien en esta iglesia subterránea se ven los sepulcros de S. José, de S. Joaquin y de Santa Ana. »

Así como la vió Chateaubriand, existe en el dia, y es el 15 de agosto, la fiesta de la Asuncion, los peregrinos que acuden de todos los puntos del universo cristiano, se agolpan en su estrecho recinto para celebrar con los musulmanes los méritos de *Sidi Mariam*, la Virgen María, madre del Salvador.

P. B.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

**PARTE LITERARIA ILUSTRADA.**

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 46 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

**SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.**

Para la HABANA. . . . .	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO. . . . .	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA. . . . .	\$ 13 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA. . . . .	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan). . . . .	\$ 12 50 macq.	Un número suelto. . . . .	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO. . . . .	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO. . . . .	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESAS y COSTA FIRME. . . . .	\$ 12 fuertes.	Un número suelto. . . . .	\$ 2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANA. . . . .	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA. . . . .	\$ 15 fuertes.
Un número suelto. . . . .	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República. . . . .	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes). . . . .	\$ 14 » »	Un número suelto. . . . .	\$ 3 1/2 rs. fs.